

Más cerca del socialismo

Harry Magdoff y Fred Magdoff

1. ¿Es posible que la «naturaleza humana» cambie?

Entre los argumentos que se esgrimen contra el socialismo, está el que dice que va en contra de la naturaleza humana. «Es imposible cambiar la naturaleza humana» es la frase que se suele escuchar. Tal vez eso sea cierto respecto a los instintos humanos básicos, como la necesidad de obtener comida para alimentarse, de reproducirse, de buscar cobijo y de fabricar y utilizar ropas para protegerse. Sin embargo, aquello a lo que habitualmente se ha hecho referencia al hablar de la «naturaleza humana» ha variado considerablemente a lo largo de la prolongada historia de la humanidad. Al cambiar los sistemas sociales, muchos hábitos y rasgos de comportamiento también cambiaron con la adaptación de las personas a las nuevas estructuras sociales. Anatómicamente, los humanos modernos aparecieron hace entre 150.000 y 200.000 años. En las decenas de miles de años transcurridos

• Artículo publicado en *MR*, vol. 57, nº 3, julio-agosto de 2005, pp. 19-61. Traducción de Joan Quesada. Harry Magdoff fue editor de *Monthly Review* entre 1969 y 2006, año de su muerte. Fred Magdoff es profesor de ciencias de las plantas y el suelo en la Universidad de Vermont en Burlington. Es autor de numerosos artículos científicos, y coautor, con Harold van Es, de *Building Soils for Better Crops* [Creando suelos para mejores cosechas], Sustainable Agricultural Network, 2000. Es coeditor, junto a John Bellamy Foster y Frederick H. Buttel, de *Hungry for Profit: The Agricultural Threat to Farmers, Food, and the Environment* [Sedientos de beneficios: la amenaza agrícola a los granjeros, los alimentos y el medioambiente], Monthly Review Press, 2000.

desde entonces, se han desarrollado muchas formas distintas de organización social y de sociedad. Inicialmente, la mayoría de ellas se basaban en la caza y la recolección, mientras que, durante al menos los últimos 7.000 años, muchas han estado basadas en la agricultura. Todas esas sociedades se han organizado en forma de clanes, aldeas, tribus, ciudades-estado, naciones y/o imperios.

Los antropólogos que han estudiado las sociedades «primitivas» han encontrado en ellas unas relaciones humanas y una naturaleza humana muy distintas de los rasgos fuertemente competitivos, egoístas, de brutalidad mutua que han sido dominantes durante el periodo capitalista. La economía de esas primeras sociedades precapitalistas era frecuente que estuviera basada en la reciprocidad y la redistribución. El comercio existía, claro está, pero el comercio entre tribus no tenía como objetivo la ganancia personal. Los terrenos agrícolas no eran de propiedad privada, ni tampoco podían comprarse ni venderse, sino que, por lo general, eran asignados y reasignados por los jefes tribales. Gran parte de los alimentos que recolectaban los jefes se redistribuía en la aldea a través de ceremonias festivas. Existían la guerra y la dominación por parte de tiranos locales —tales sociedades no eran en absoluto perfectas—, pero los valores, las convenciones sociales y las «naturalezas humanas» eran diferentes. Tal y como explicaba Karl Polanyi en 1944: «Un importante descubrimiento de las recientes investigaciones históricas y antropológicas es que la economía del hombre, por norma general, se halla inmersa en sus relaciones sociales. El hombre no actúa para proteger su interés individual de poseer bienes materiales; actúa para proteger su posición social, sus ambiciones sociales, sus activos sociales». En ese tipo de sociedades, la economía era una función de las relaciones sociales, y a las personas no les estaba permitido obtener provecho en las transacciones comerciales.

La diversidad de estructuras y organizaciones de las civilizaciones pasadas es verdaderamente asombrosa. No hace mucho tiempo —si pensamos en términos de la duración total de la existencia humana— que los pueblos nativos de Norteamérica y Sudamérica tenían una conciencia muy distinta de la que les fue impuesta por las invasiones y las conquistas de los ejércitos y colonos europeos. Así, Cristóbal Colón escribía después de su primer viaje hacia el oeste: «Tampoco he podido discernir si tienen propiedades personales, ya que parecía que, cualquier cosa que uno tuviera, todos tenían su parte de ella [...] Son tan ingenuos y libres con las cosas que poseen que quien no lo viera no lo creería; con todo lo que tienen, si alguien se lo pide, nunca dicen que no; al contrario, te invitan a compararlo y lo hacen con tanto amor como si les fuera el corazón en ello».

Según William Brandon, destacado historiador de los indios norteamericanos: «Muchos de cuantos han viajado al corazón de América, ante la presencia real del mundo indio ante sus ojos, se han hecho eco de esos mismos sentimientos año tras año, generación tras generación. Entre ellos se cuentan observadores del tipo más responsable, como el misionero Du Tertre, por citar un ejemplo al azar, que escribía desde el Caribe en la década de 1650: “Todos son iguales, sin que nadie reconozca ningún tipo de superioridad ni de servidumbre [...] Nadie es más rico ni más pobre que sus compañeros, y todos limitan unánimemente sus deseos a cosas útiles y estrictamente necesarias, y desprecian todo lo demás, todo lo superfluo, como cosas que no vale la pena poseer [...]”». También Montaigne escribió sobre tres indios que se encontraban en Francia a finales del siglo XVI. Estos le explicaron la costumbre india habitual de dividir a la población en dos mitades, dos grupos con tareas especiales y distintas en cuestiones rituales o administrativas, como la gente del invierno y del verano de diversas tribus norteamericanas. Los indios mostraban su asombro por los dos grupos opuestos que veían en Francia. «Habían percibido que entre nosotros había hombres rodeados de todo tipo de artículos y otros que, hambrientos y desnudos por la necesidad y la pobreza, mendigaban a su puerta, y encontraban extraño que los miembros de esa mitad de necesitados fueran capaces de soportar tal injusticia y que no agarraran a los otros por la garganta o prendieran fuego a sus casas [...]».¹

Los colonos europeos de las trece colonias que más tarde se convertirían en los Estados Unidos no tenían duda alguna con respecto a su superioridad sobre los indios «feroces y salvajes». Pero echemos un vistazo a la nación iroquesa. Su democracia no implicaba la existencia de partidos políticos, sino la participación de las personas en la toma de decisiones y en la expulsión de los cargos que no actuaran de manera satisfactoria. En ese mismo momento, los colonos «civilizados» dependían de criados aprendices blancos y de esclavos negros, además de restringir gravemente los derechos de las mujeres. Después del desembarco de los peregrinos del Mayflower, hubieron de pasar tres siglos y medio para que se liberara a los esclavos, y cuatro siglos para que las mujeres adquirieran el derecho al voto.

Acabamos de referirnos brevemente a unas sociedades en las que la economía era subsidiaria de las relaciones sociales. Todo eso cambió drásticamente en el curso de evolución del capitalismo, según la propiedad privada, el dinero y el comercio en busca de ganancias fueron pasando a primer plano. Las relaciones sociales pasaron a convertirse en un reflejo de la fuerza dominante de la economía capitalista de la sociedad, y no al contrario.

Dado que algunos de los aspectos de lo que más tarde llegaría a ser el capitalismo ya estaban presentes en el mundo antiguo, Aristóteles pudo acertar a divisar algunos de los peligros que acechaban más adelante:

Existen dos formas de obtener riquezas, tal y como ya he dicho. Una es como parte de la gestión del hogar; la otra es la venta de artículos: la primera es necesaria y honorable, mientras que la que consiste en el intercambio es justamente censurada, ya que es antinatural, además de constituir una forma en que los hombres obtienen ganancias los unos de los otros. La forma más odiada, y con gran razón, es la usura, que obtiene ganancias a partir del dinero mismo, y no del objeto natural de este. Porque el dinero se inventó para ser utilizado en el intercambio, pero no para que se incrementara con el interés. Y ese interés a término, que implica la creación de dinero a partir de dinero, se aplica también al producto del dinero, ya que el hijo se parece al padre (*Política*).

Aunque Aristóteles era defensor de la esclavitud, cosa que aparentemente encontraba natural, creía que la venta y el cobro de intereses para obtener ganancias eran antinaturales. La situación es ahora la inversa. En la actualidad, la mayoría de las personas considera que la esclavitud es antinatural, mientras que la venta en busca de ganancias y el cobro de intereses parecen ser las más naturales de todas las actividades humanas.

Por supuesto, resulta dudoso que el concepto de una «naturaleza humana» tenga algún significado, cuando la conciencia, la conducta, los hábitos y los valores de los humanos pueden ser tan variables y están influidos por la historia y por la cultura que se desarrolla dentro de una sociedad dada. No solo ha cambiado lo que conocemos como naturaleza humana, sino que la ideología que envuelve los elementos constitutivos de la naturaleza humana también ha cambiado drásticamente. La glorificación del hecho de ganar dinero, la aprobación de todas las acciones necesarias para conseguirlo y el fomento de las características humanas precisas para ello —«antinaturales» y repugnantes para Aristóteles— son ahora la norma en las sociedades capitalistas.

A lo largo del desarrollo del capitalismo, incluso en años recientes, aspectos que muchos han creído que eran rasgos evidentes de la naturaleza humana se ha demostrado que carecían de todo sentido. Por ejemplo, en cierto momento se consideraba que formaba parte de la naturaleza humana que las mujeres no fueran capaces de realizar determinadas tareas de manera competente. Era muy poco habitual que las mujeres ejerciesen la medicina, en parte porque se creía que no podían aprender y emplear las destrezas necesarias. Ahora, las mujeres médico son muy comunes, y a menudo más de la mitad de los alumnos de las escuelas de medicina son

mujeres. Las recientes y descabelladas afirmaciones del presidente de la Universidad de Harvard según las cuales quizás forme parte de la naturaleza humana el que las mujeres no puedan desarrollar trabajos de calidad en el ámbito de las matemáticas y la ciencia indican que sigue existiendo una fuerte perspectiva ideológica con respecto a la naturaleza humana. En la actualidad, tales opiniones resultan presuntamente más científicas al apoyarse en supuestas diferencias genéticas, aunque sea en áreas en las que todavía no se ha demostrado nada. Está claro que lo que muchos consideran que es la naturaleza humana es, de hecho, un conjunto de puntos de vista y prejuicios que emanan de la cultura de una sociedad en particular.

El capitalismo cuenta con unos 500 años de existencia —unos 250 de capitalismo mercantil (o mercante), seguido por el capitalismo industrial de los últimos 250 años—, menos del 0,4% del tiempo total de la existencia humana. (En grandes partes del planeta, el capitalismo llegó más tarde, cuando el sistema se expandió, con lo que hace aún menos tiempo que es dominante.) En esa pequeña fracción de la historia humana, la naturaleza cooperativa, atenta y dada a compartir, presente en el carácter humano, ha visto reducida su importancia, mientras que la competencia agresiva ha pasado a ser prominente a fin de promover un sistema basado en la acumulación de capital, así como para poder sobrevivir dentro de dicho sistema. De la mano del capitalismo se ha desarrollado una cultura cuyo epítome lo forman la codicia, el individualismo (cada cual lucha para sí mismo), la explotación de hombres y mujeres por parte de los demás y la competencia. La competencia está presente entre departamentos dentro de una misma empresa, así como, por supuesto, entre empresas y países o entre trabajadores que buscan un empleo, y se filtra en las ideas de las personas. Otro aspecto de la cultura del capitalismo es el desarrollo del consumismo: el impulso compulsivo de comprar más y más, carente de toda relación con las necesidades humanas o con la felicidad. Tal y como lo describía Joseph Schumpeter hace ya algunas décadas, «[...] la gran mayoría de los cambios en los artículos consumidos han venido impuestos por los productores sobre los consumidores, quienes, muy frecuentemente, se han resistido al cambio y han tenido que ser educados a través de la elaborada psicotécnica de la publicidad» (*Business Cycles*, vol. 2, McGraw-Hill, 1936, p. 73).

Si la naturaleza, los valores y las relaciones humanas ya han experimentado cambios anteriormente, apenas si es necesario señalar que pueden volver a experimentarlos. De hecho, la idea de que la naturaleza humana se encuentra estancada no es más que otra de las formas que tienen los defensores del sistema actual de argumentar que la sociedad está también estancada. Tal y como escribía John Dewey en un artículo

sobre la «naturaleza humana» para la *Enciclopedia de las ciencias sociales* en 1932:

La actual controversia entre quienes afirman que la naturaleza humana es esencialmente fija y quienes piensan que existe un alto grado de modificabilidad se centra principalmente en el futuro de la guerra y de un sistema económico competitivo motivado por el provecho privado. Está justificado decir, sin dogmatismo, que tanto la antropología como la historia apoyan a quienes desean cambiar ambas instituciones. Se puede demostrar que muchos de los obstáculos al cambio que se atribuyen a la naturaleza humana se deben en realidad a la inercia de las instituciones y al deseo voluntario de las clases poderosas de mantener el presente estatus.

2. ¿Por qué no el capitalismo?

La argumentación en contra del capitalismo incluye diferentes aspectos. En primer lugar, el capitalismo es un sistema que necesita expandirse, lo que provoca guerras coloniales e imperiales, además de la dominación de los países más pobres. El funcionamiento fundamental del sistema crea simultáneamente una gran riqueza y una gran pobreza en los niveles nacional e internacional. Una de las consecuencias es que una gran parte de la humanidad está predestinada a ocupar una posición de servidumbre, y muchas de esas personas están condenadas a vivir una vida mísera y precaria. El capitalismo tiende además a provocar estragos ecológicos debido a que no existe otro objetivo dentro del sistema que la búsqueda de la acumulación de capital que constituye su fuerza motriz. Tiende a agotar los recursos naturales, tanto renovables como no-renovables, sin atender a su carácter finito. Y, aunque a veces es posible mitigar los peores efectos del capitalismo, siempre es posible dar marcha atrás en las reformas cuando los capitalistas consideran que estas suponen una barrera a la acumulación de capital y, además, mantienen la potestad de legislar la vuelta atrás a unas condiciones libres de trabas.

A. El expansionismo inherente al capitalismo

El comercio con vistas a obtener ganancias monetarias y la extracción de metales preciosos pasaron a ocupar el lugar de fuerzas motrices dominantes en el centro de la sociedad con la emergencia del capitalismo mercantil, lo que llevó a la acumulación de riqueza por parte de los mercaderes y banqueros de los países poderosos. Eso generó enfrentamientos entre gru-

pos sociales y guerras entre naciones en busca de mayor poder, mayores propiedades y riqueza. Sin embargo, los océanos ponían límite al comercio europeo con otros lugares del mundo, comercio que se mantuvo esencialmente limitado a rutas terrestres hasta finales del siglo xv. La exploración de los océanos por parte de las naciones europeas que dio comienzo en ese momento fue posible gracias al desarrollo de una potente artillería, de nuevos instrumentos de navegación y de grandes navíos capaces de transportar cantidades significativas de soldados y cañones. «Los europeos mejoraron rápidamente [en tecnología militar, artillería naval y navíos] antes de que los no-europeos fueran capaces de absorber[los]. Así pues, el desequilibrio se fue volviendo gradualmente mayor» (C.M. Cipolla, *Cañones y velas. La primera fase de la expansión europea, 1400-1700*, Ariel, Barcelona, 1967).

La motivación inicial de las exploraciones y conquistas extranjeras europeas era normalmente el comercio mercantil de productos de elevado valor tales como especias y minerales preciosos. En pocas décadas, las naciones europeas se convirtieron en los amos principales de los océanos y ganaron acceso a muchas naciones del planeta. Empezaron a establecer pequeños enclaves, algunos de los cuales lograron expandirse considerablemente gracias al diezmo de las poblaciones nativas que siguió a la introducción de gérmenes eurasiáticos a los que las personas de las tierras conquistadas eran poco resistentes. Aunque el impulso hacia el exterior dio comienzo a finales del siglo xv, en aras de la conveniencia, se suele señalar el año 1500 para marcar el inicio de la época del capitalismo mercantilista. El capitalismo mercantilista creó un mercado mundial, dio lugar a una formidable concentración de riquezas (basada en gran medida en el comercio en general, así como en el oro y la plata robados en las Américas), y provocó el inicio de la colonización, que afectó a enormes segmentos del mundo exterior. Los indígenas fueron exterminados por la guerra, la esclavitud y la enfermedad o, si no, quedaron marginados. Los mercados europeos y África se concentraron durante siglos en el comercio de esclavos, cosa que por lo general benefició a Gran Bretaña.

El capitalismo mercantilista fue responsable de los inicios de un mercado global y contribuyó a aportar la riqueza acumulada necesaria para alumbrar la revolución industrial de mediados del siglo xviii. Así pues, hace aproximadamente dos siglos y medio se desarrolló un nuevo tipo de sociedad en Europa —el capitalismo industrial— que, a partir de entonces, se ha expandido esencialmente a todos los rincones de la Tierra. Dentro del tejido mismo del capitalismo industrial moderno está la necesidad de expandir su control y su influencia a tierras extranjeras: el imperialismo. Existe cierta cantidad de fuerzas significativas que conducen a la

expansión y, a lo largo de distintos periodos, puede que una u otra de ellas haya predominado. Sin embargo, se trata de fuerzas inseparables, ya que todas ellas derivan del funcionamiento del propio capitalismo.

El control de los recursos naturales (en competencia con otros capitalistas y/o naciones) es necesario para obtener fuentes seguras de materias esenciales para la producción, desde el algodón a la bauxita, el petróleo, el cobre, etc. La guerra estadounidense en Irak y el intento de influir en la política y la economía de ese país y de la región resultan incomprensibles si no se contemplan como parte de una estrategia de control del petróleo de Oriente Medio, que representa el 65% de las reservas mundiales conocidas. Los Estados Unidos importan en la actualidad más de la mitad del petróleo que necesitan, así como el 100% de sus necesidades de 17 minerales, además de depender fuertemente de la importación para muchos otros.

La continua presión para invertir los beneficios a fin de acumular más y más capital —la fuerza impulsora del capitalismo industrial— y la producción estimulada por la competencia entre empresas por la cuota de mercado llevaron a los capitalistas a desarrollar nuevos productos y expandir sus mercados internos. Una vez saturados los mercados internos, o próximos a la saturación, los capitalistas buscan en el extranjero oportunidades provechosas para superar el estancamiento que empieza a producirse. El exceso persistente de inversiones y de producción en relación a la demanda efectiva, causa de la tendencia del capitalismo hacia el estancamiento, ya fue identificado por Marx como una de las características del sistema.

Si esta nueva acumulación encuentra dificultades para su empleo por falta de esferas de inversión, o sea, debido a un excedente en las ramas productivas y a un sobreabastecimiento de capital prestatario, esa plétora de capital dinerario susceptible de préstamo tan solo viene a mostrar los límites de la producción capitalista [...] [E]xiste, de hecho, un obstáculo inmanente a sus leyes de expansión, es decir, a los límites del capital para realizarse a sí mismo en forma de capital (Karl Marx, *Capital*, vol. 3, p. 507).

La inversión en el extranjero también ofrece la oportunidad de sacar partido de los menores costes laborales y las menores restricciones medioambientales, lo que permite una producción más provechosa para los mercados extranjeros y/o domésticos. El hecho de realizar una gran cantidad de operaciones en el extranjero ofrece a las empresas la oportunidad de distribuir los costes y los ingresos de formas que minimizan las obligaciones impositivas.

En la fase monopolista del capitalismo surgida en el siglo xx, la lucha entre las corporaciones gigantes por incrementar la cuota en los mercados domésticos y exteriores fue otro de los factores que contribuyeron al impulso hacia la expansión. Las corporaciones suelen necesitar financiación externa para alimentar tales aspiraciones. Gran parte del excedente que generan las corporaciones se disipa de formas no-productivas, como la publicidad y la promoción o la retribución escandalosamente elevada de los altos cargos corporativos. Por ejemplo, la cantidad que gana el director general de Wal-Mart cada dos semanas equivale a lo que gana un trabajador medio de la empresa en toda su vida (Paul Krugman, *New York Times*, 13 de marzo de 2005). De ahí que, aunque las corporaciones todavía pueden generar beneficios para ser invertidos internamente, es frecuente que necesiten acceder a capital para la expansión de la producción o para la adquisición de otras empresas. Para atraer a los banqueros y a los inversores en bolsa, se ven obligadas a demostrar un crecimiento significativo o potencial.

Por último, la invasión de la periferia por bancos de los países del núcleo capitalista contribuye a la inversión extranjera y ayuda a que los inversores extranjeros y sus aliados de las clases dominantes locales transfieran los beneficios nuevamente a los países del núcleo. Los bancos del centro también obtienen beneficios de la promoción de préstamos a agencias públicas y privadas de la periferia, lo que potencia el desarrollo del peonaje por deuda. Intereses equivalentes al préstamo original (a los que se suma una parte de la deuda principal) se transfieren nuevamente al centro mientras aún quedan pendientes obligaciones de pagos a largo plazo.

El desarrollo del control colonial fue la forma que tuvieron los centros capitalistas emergentes de asegurarse los recursos y los mercados exteriores. La expansión de las potencias industriales y militares más avanzadas las llevó a controlar directamente la mayor parte del planeta. Para 1914, las colonias de los países ricos e industrializados cubrían aproximadamente el 85% de la superficie de la Tierra. (Y la gente habla hoy en día de la «globalización» como si se tratara de un fenómeno nuevo, en lugar de un renovado impulso imperialista.) Las guerras mundiales del siglo xx se libraron principalmente para dirimir la cuestión del reparto del mundo entre las grandes potencias. Tras la Segunda Guerra Mundial, amargas luchas y guerras obligaron a las potencias coloniales a emprender la descolonización. Sin embargo, tras la descolonización, las naciones ricas del centro de la economía capitalista mundial siguieron dominando el mundo subdesarrollado, de dimensiones mucho mayores. Una característica común de los años del colonialismo y los años posteriores al acceso a la independencia

política por parte de las anteriores colonias era la subordinación económica de las naciones pobres a los deseos y las necesidades del capital del centro. La historia de dominación colonial e imperialista ha distorsionado las economías de la periferia de formas que han inhibido que estas se desarrollaran por sí mismas. La principal característica de dicha dependencia de las naciones más pobres —la extracción de riquezas para apoyar la acumulación de capital de las potencias dominantes— se ha mantenido hasta hoy en día. Después de la descolonización hacían falta nuevas formas de supervisar y seguir reproduciendo la dependencia de los países pobres de la periferia. El FMI y el Banco Mundial se encargan hoy en día de imponer en gran parte lo que antes imponían la ocupación colonial y la fuerza militar, aunque también se continúe recurriendo a las fuerzas armadas para imponer los deseos imperiales.

Joan Robinson ha destacado de forma sencilla la importancia de la penetración global del capital para el éxito del sistema en su conjunto: «Pocos se atreverían a negar que la expansión del capitalismo a nuevos territorios fue el móvil principal de [...] “el fuerte auge secular” de los últimos doscientos años». ² Sin embargo, esa expansión inherente al capitalismo produce un estado de guerra casi perpetua y subyuga las economías de la periferia a las necesidades de las corporaciones con base en el centro del sistema. También contribuye a mantener a una gran porción de la población mundial en condiciones muy duras (véase más abajo).

B. El capitalismo y la condición humana

El capitalismo, con un cierto número de variaciones políticas, ha producido más bienes, inventos, nuevas ideas y avances tecnológicos que toda la historia anterior. Durante los aproximadamente dos siglos y medio de capitalismo industrial se ha producido una expansión casi continua —con la importante excepción de los momentos de graves recesiones, depresiones y guerras— de los principales países capitalistas. Sin embargo, ¿cuáles han sido los efectos de ese enorme progreso y desarrollo de las capacidades productivas sobre las condiciones de vida y las relaciones de las gentes del planeta? Por un lado, hay una significativa proporción de la población mundial, tal vez un 20%, que vive cómodamente con buenas oportunidades para la educación, la vivienda y la compra de toda una diversidad de bienes casi a voluntad. No obstante, dentro de ese grupo por lo general acomodado, la distribución de la riqueza es muy desigual, y los más ricos controlan una cantidad enorme de esta. Las 691 personas más ricas de la

Tierra poseen un valor neto de 2,2 billones de dólares, el equivalente a la suma del PIB anual de 145 países (más de la totalidad de Latinoamérica y África juntas). Los 7,7 millones de personas más ricas (en torno al 0,1% de la población mundial), con un valor financiero neto superior a un millón de dólares, controlan aproximadamente 28,8 billones de dólares, el equivalente al 80% del PIB anual de todos los países del mundo. Es más que la suma del PIB anual de todos los países del mundo menos los Estados Unidos. (De hecho, abarca también un 40% del PIB de los Estados Unidos.)

A pesar de la enorme cantidad de riqueza producida y acumulada en unas pocas manos, los detalles de cómo vive de hecho una gran parte de la humanidad —las cifras y las condiciones de los desdichados del mundo— resultan escandalosos.

De los aproximadamente 6.300 millones de personas del planeta:

- Más o menos la mitad de la humanidad (3.000 millones de personas) sufre malnutrición y carencia crónica de calorías, proteínas, vitaminas y/o minerales.³ Son muchos más los que padecen «inseguridad alimentaria» y desconocen de dónde vendrá la próxima comida. La ONU calcula que «solo» 840 millones de personas sufren malnutrición (10 millones de ellas en los países ricos industrializados del núcleo), pero se trata de una cifra muy inferior a la mayoría de las demás estimaciones.
- 1.000 millones viven en suburbios insalubres (un tercio aproximado de los 3.000 millones de residentes urbanos).
- La mitad aproximada de la humanidad vive con menos de lo que se puede comprar con dos dólares al día en los Estados Unidos.
- 1.000 millones de personas no tienen acceso a agua limpia.
- 2.000 millones carecen de electricidad.
- 2.500 millones no tienen instalaciones sanitarias.
- 1.000 millones de niños, la mitad del total mundial, sufren penuria extrema a causa de la pobreza, la guerra y la enfermedad (incluido el SIDA).
- Incluso en los países ricos del núcleo capitalista, una proporción significativa de la población tiene una vida insegura. Por ejemplo, en los Estados Unidos se considera que 12 millones de familias sufren inseguridad alimentaria, y en cuatro millones de familias (con nueve millones de personas) alguno de los miembros omite regularmente una comida para que haya suficiente alimento para los demás.⁴

Otra parte de la condición humana durante los últimos dos siglos y medio de capitalismo industrial ha sido la guerra casi permanente, con cientos de millones de muertes. La ocupación, la esclavitud, el genocidio, las guerras y la explotación son parte de la historia continua del capitalismo. Las guerras se han producido como consecuencia de las luchas entre países capitalistas por el dominio y el acceso a los mercados globales, de los intentos de subyugar las colonias o neocolonias y de las diferencias étnicas o religiosas entre las personas, muchas de las cuales se han visto exacerbadas por la ocupación colonial y/o la injerencia imperial. La fuerza motriz básica del capitalismo, la acumulación de capital, empuja a los países capitalistas a penetrar en mercados extranjeros y a expandir su cuota de mercado. Sin embargo, es imposible separar el impulso económico de los países líderes imperialistas hacia la inversión y la venta en el exterior de las políticas que aplican en los terrenos militar y político: todos los intereses están entrelazados en una combinación muy peligrosa. La guerra sigue estando presente en la época posterior a la Guerra Fría —con unos Estados Unidos ansiosos por desplegar su poderío militar— y existe el potencial para la creación de más sufrimiento todavía. La estimación de unos 100.000 iraquíes muertos como resultado de la invasión estadounidense nos da una idea de la magnitud del desastre que ha caído sobre esa nación.

C. La conexión entre la riqueza y la pobreza

Existe una conexión lógica entre los logros del capitalismo y sus fracasos. La pobreza y el sufrimiento de una enorme masa de la población mundial no son un accidente, un producto colateral involuntario del sistema, algo que pueda eliminarse con unos cuantos retoques aquí y allí. La fabulosa acumulación de riqueza —como consecuencia directa de la forma de operar del capitalismo en las escalas nacional e internacional— ha generado simultáneamente y de manera persistente hambre, malnutrición, problemas de salud, falta de agua, falta de condiciones sanitarias y sufrimiento en general para una gran parte de la población mundial.

La difícil situación de una proporción tan enorme de la humanidad se debe en parte a que el sistema económico no produce pleno empleo. Más bien, el capitalismo crea y mantiene lo que Marx denominó un ejército de reserva de trabajadores: un gran sector de la población que vive de manera precaria, a veces con trabajo y a veces sin este. Tal vez se los necesite estacionalmente, de manera irregular, o cuando se produce un *boom* económico temporal, o para el ejército, o es posible que no se los necesite en

absoluto. En los países ricos, las personas que forman parte de dicho ejército de reserva de desempleados y subempleados son generalmente las más pobres y viven en condiciones difíciles, incluida la falta de techo. Su propia existencia mantiene una presión a la baja sobre los salarios de los trabajadores de los escalafones más bajos. (Para una discusión más completa, véase Fred Magdoff y Harry Magdoff, *Monthly Review. Selecciones en castellano*, nº 4, «Trabajadores desechables: el ejército de reserva industrial en la actualidad», en *El nuevo rostro del capitalismo*, Barcelona, Hacer, 2005.)

En los países de la periferia del capitalismo operan diversos factores que mantienen a una cifra tan elevada de personas en condiciones de miseria. Parte de la cuestión está en la riqueza que se extrae de la periferia, cuando las ganancias que se repatrían son superiores a las nuevas inversiones y cuando los recursos se explotan en función de los países ricos del núcleo. Además, los bancos imponen a los países unos préstamos que generan, si cabe, una mayor extracción de riquezas de la periferia mediante un sistema de peonaje por deuda. Cada vez más, las personas de la periferia sirven para engrosar las filas del ejército de reserva de trabajadores en beneficio tanto del capital extranjero como de los capitalistas del propio país. Las fuerzas laborales de muchas antiguas colonias fueron una creación deliberada a partir de la destrucción de la sociedad y la forma de vida originarias. Una de las formas de hacerlo fue mediante la exigencia del pago de impuestos, lo que obligaba a las personas a entrar en la economía del dinero. El cambio de los patrones tradicionales de propiedad de la tierra a un patrón basado en la propiedad privada fue otra de las formas en que las potencias coloniales socavaron las condiciones de las comunidades campesinas. Y ahora que muchas personas se están viendo empujadas a abandonar la tierra y acudir a los suburbios urbanos de la periferia, no existen suficientes empleos para absorber a los trabajadores, lo que crea una enorme crisis humanitaria.⁵ Además, el poder que acompaña a la riqueza permite la manipulación del sistema legal y político en beneficio de la acumulación continuada y en detrimento de la repartición o redistribución que podría haberse producido en sociedades más «primitivas».

La riqueza de los países ricos del centro del sistema capitalista depende fuertemente hasta la fecha de la extracción de recursos y riquezas de la periferia. Los principales inversores globales capitalistas se encuentran en los países ricos industrializados, pero su acumulación se basa en la explotación del mundo entero: *La acumulación a escala mundial* es la forma en que Samir Amin lo describió en el título de su popular obra. En lugar de permitir a los países de la periferia la utilización de sus excedentes econó-

micos para perseguir sus propios intereses internos, los países del centro invierten parte de dicho excedente para penetrar en el resto del mundo, ayudados activamente en el proceso por el *establishment* político local de la nación en cuestión y por la fuerza militar de los Estados Unidos (o de la OTAN). Eso implica que los países pobres no pueden utilizar sus potenciales excedentes económicos para satisfacer las necesidades de sus sociedades. Por el contrario, estos fluyen hacia las arcas de las clases dominantes de los países ricos y, en parte, hacia la adquisición de bienes de lujo de sus propias y reducidas élites ricas de carácter *comprador*, cómplices de los intereses del capital extranjero.

En los primeros años del capitalismo industrial, la acumulación de capital procedente de la periferia tenía lugar sobre todo en forma de robo directo de metales preciosos, a lo que siguió el de productos agrícolas producidos por el trabajo de unos esclavos cuyo suministro constituía en sí mismo un provechoso negocio. Más tarde, los préstamos y las inversiones produjeron una extracción de beneficios en forma puramente monetaria —con la creación de una permanente crisis de la deuda en muchos países—, a la vez que se seguían extrayendo también recursos naturales tales como el petróleo o la bauxita. En la primera fase del capitalismo, los «países matriz» del centro hacían todo lo posible por destruir los negocios de la periferia capaces de competir con los negocios domésticos; así ocurrió con la destrucción por la fuerza de la industria textil de la India acometida por Gran Bretaña para que los indios se vieran obligados a comprar bienes producidos en Inglaterra.

En los años iniciales del capitalismo, los países del núcleo se dedicaron enérgicamente a proteger sus industrias y otros negocios de la competencia del exterior. Ahora, la gran fuerza que tienen todos esos negocios maduros y su necesidad de penetrar en la periferia de forma más eficiente han llevado a que el capital de los estados del centro, sus gobiernos y las organizaciones «internacionales» que operan para favorecer sus intereses sumen fuerzas para promover el «libre comercio», mientras que, hipócritamente, siguen defendiendo una gran cantidad de ventajas para las industrias «domésticas» tanto en el interior como en sus tratos por todo el mundo. En la presente oleada de expansión global capitalista, después de que el capital haya ganado una gran movilidad, bienes que antes se producían en los países del centro ahora se producen cada vez más en países con salarios bajos. Eso sirve a dos propósitos: además de permitir vender a precios más bajos para desbancar a los competidores que siguen produciendo en el núcleo, franquea la entrada a nuevos mercados en el país y en la región en la que se producen los artículos, ya que favorece el desarrollo de una clase con notable poder adquisitivo en los países de la periferia. La

importación del extranjero de bienes manufacturados de bajo coste, producidos con una fuerza laboral explotada y mal remunerada, supone también otra forma de reforzar y reproducir la riqueza del núcleo.

El capitalismo, mediante toda una diversidad de mecanismos —desde el robo directo y la dominación colonial de los primeros años, hasta las relaciones imperialistas de su versión más madura—, continúa reproduciendo la riqueza del núcleo y el subdesarrollo de la periferia. También continúa produciendo y reproduciendo una estructura de clases en todos los países, incluida una clase dominante servil en la periferia con sus cuentas bancarias en el exterior y su fe en la fuerza militar estadounidense.

La producción y permanente reproducción de una estructura de clases, con un ejército de reserva de trabajadores siempre presente, implica que, bajo el capitalismo, siempre existirá una notable desigualdad. La jerarquía y las clases implican que las diferencias prevalezcan en todos los niveles, con una desbordante mayoría de personas con poco o nulo poder efectivo. La distribución de la riqueza en los Estados Unidos pone de manifiesto cuál es la medida de dicha desigualdad. El 80% inferior de la población posee menos de la mitad de la riqueza que el 1% superior, y el 40% de los hogares de la franja inferior posee el 0,3% de la riqueza total (tabla 1).

Tabla 1: Distribución por familias del valor neto en los Estados Unidos (2001)

Porcentaje de familias		Porcentaje del valor neto
1%	superior	33,4%
5%	superior	59,2%
10%	superior	71,5%
20%	superior	84,4%
80%	inferior	15,5%
40%	inferior	0,3%

Fuente: «Changes in Household Wealth in the 1980s and 1990s in the US», en Edward N. Wolff (ed.), *International Perspectives on Household Wealth*, Edward Elgar Publishing Ltd., Chetelham, 2006.

Persisten también las diferencias entre regiones de países y entre distintos grupos étnicos. Por ejemplo, en el año 2002 el valor medio neto por familia de los blancos (88.000 dólares) era 11 veces superior al de los hispanos y 14 veces superior al de los negros («Wealth Gap among Races Widens in Recession» [El diferencial de riqueza aumenta con la recesión], Associated Press, 18 de octubre de 2004). Mientras que solo el 13% de las familias blancas tenía un valor neto nulo o negativo, cerca de una tercera

parte de las familias negras e hispanas tenía nula riqueza neta. La renta media familiar de negros e hispanos en el año 2000 era aproximadamente la mitad que la de los blancos. Y la cifra de varones negros que participan en la fuerza laboral es significativamente menor que la de sus equivalentes blancos, con tasas respectivas de participación de un 67% frente a un 74% (*2005 Economic Report of the President*, <http://www.gpoaccess.gov/eop/>).

Poco hay que decir de la enorme diferencia de riqueza nacional entre los países capitalistas altamente desarrollados y los de la periferia. Mientras que el PIB medio per cápita de los países desarrollados es de unos 30.000 dólares anuales, en Latinoamérica y el Caribe es de unos 6.000 dólares, de 4.000 en el norte de África y de 2.000 en el África subsahariana. Sin embargo, esas cifras esconden el peor de los problemas, ya que el PIB per cápita de Haití es de 1.600 dólares; el de Etiopía, de 700 dólares, y en seis países del África subsahariana la renta media per cápita es de 600 dólares o menos. Los países ricos producen el 80% del PIB mundial, con solo un 15% de la población. Por otra parte, los países más pobres, con cerca del 40% de la población mundial, producen solo el 3% de la riqueza.

D. Degradación ecológica

La degradación ecológica ya estaba presente en muchas sociedades precapitalistas. Sin embargo, con el capitalismo el problema cobra una nueva dimensión, a pesar de que hayamos llegado a comprender mejor el daño ecológico que puede provocar la actividad humana. La búsqueda de beneficios y de acumulación de capital como objetivo primordial de la actividad económica, el control que ejercen los intereses económicos sobre la vida política y las numerosas tecnologías desarrolladas por las sociedades capitalistas, que permiten a los humanos alterar rápidamente su entorno —cercano y lejano, intencionadamente o no—, conllevan que los efectos adversos sobre el medio ambiente sean inevitables. La contaminación del agua, del aire y del suelo son productos colaterales naturales de unos sistemas de producción organizados para el objetivo único de producir beneficios.

Si se sigue la lógica de la producción y el intercambio capitalistas, no existen mecanismos inherentes para estimular u obligar a la industria a encontrar métodos que produzcan el mínimo impacto medioambiental. Por ejemplo, los nuevos productos químicos que resultan útiles para la producción de bienes manufacturados se introducen de manera rutinaria en el medio ambiente sin evaluar adecuadamente si son susceptibles de provocar daños a los seres humanos u otras especies. El mercurio que libe-

ran a la atmósfera las plantas energéticas basadas en la combustión de carbón contamina lagos situados a cientos de kilómetros, además de contaminar los mares. La mala utilización de antibióticos, que se añaden a la alimentación de animales mantenidos en las condiciones de masificación e insalubridad de las granjas industriales, ha provocado el desarrollo de variedades de gérmenes resistentes a los antibióticos. Se trata de una técnica incoherente con cualquier enfoque ecológico de la cría de animales, pero es importante para el capital porque aumenta las ganancias. Además, el desarrollo de una sociedad centrada en el automóvil en los Estados Unidos ha tenido enormes efectos medioambientales. Las grandes extensiones de zonas residenciales periféricas, que a veces se funden para formar «megatrópolis», hacen desaparecer parcialmente los límites entre comunidades. El derroche de combustible que provocan los desplazamientos diarios en coche para ir al trabajo es solo una parte del problema de la urbanización periférica, en una situación en la que hay personas que trabajan en el centro de la ciudad, mientras otras lo hacen en diferentes zonas periféricas. La compra en centros comerciales a los que solo se puede acceder en coche, así como el transporte de los niños al colegio y a los lugares de juego, también requieren que se recorran distancias notables.

El cambio climático como consecuencia del calentamiento global, algo no solo absolutamente predecible sino de consecuencias fuertemente negativas, es otra de las repercusiones de la explotación sin límite de los recursos propia del capitalismo. Como resultado de la combustión en grandes cantidades de combustibles fósiles en fábricas, plantas de generación de electricidad y automóviles y camiones, los niveles de dióxido de carbono de la atmósfera han aumentado. Existe cierta preocupación por que el calentamiento gradual pueda provocar de hecho un cambio notablemente rápido, que incluye factores como el deshielo de los casquetes polares, cambios en las precipitaciones y en el caudal de los ríos y el cese de la circulación termohalina (de la que forma parte la corriente del Golfo) que aporta agua cálida al Atlántico norte y contribuye a mantener las temperaturas cálidas en Norteamérica y Europa (véase «The Pentagon and Climate Change», *Monthly Review*, mayo de 2004).

Una dimensión añadida de la amenaza del capitalismo al medio ambiente es la que se halla contenida en la idea occidental de que Dios entregó la Tierra a los humanos para que la explotaran. La idea se deriva de la Biblia, donde el libro del Génesis (1,28) contiene el siguiente pasaje:

Y Dios los bendijo [a Adán y Eva], y Dios les dijo: sed fértiles y multiplicaos, y llenad la Tierra, y dominadla, y dominad los peces del mar y las aves del cielo y todas las cosas vivas que se mueven sobre la Tierra.

Existe una rama relativamente reciente de antimedioambientalistas virulentos entre los protestantes evangélicos de los Estados Unidos que afirma que el fin del mundo está próximo. Así pues, no importa demasiado lo que ocurra con nuestros recursos naturales ni con los sistemas que soportan la vida sobre la Tierra (véase Bill Moyers, «Welcome to Doomsday» [Bienvenidos al Día del Juicio Final], *New York Review of Books* 52, n° 5, 24 de marzo de 2005).

E. Recursos limitados

Un sistema que, por su propia naturaleza, necesita crecer y expandirse acabará enfrentándose a la realidad del carácter finito de los recursos naturales globales. El agua, el aire y el suelo solo pueden seguir funcionando adecuadamente para los seres vivos del planeta si la contaminación no excede su capacidad de asimilar y hacer que los contaminantes resulten inofensivos. Además, los recursos naturales se utilizan también en los procesos de producción: combustible (petróleo y gas), agua (para la industria y la agricultura), árboles para producir madera y papel, y toda una diversidad de depósitos minerales tales como el hierro, la bauxita, etc. Algunos recursos, como los bosques y los bancos de pesca, son de dimensiones limitadas, pero pueden renovarse mediante procesos naturales si se utilizan en un sistema planificado lo suficientemente flexible como para cambiar cuando las condiciones lo requieran. El uso futuro de otros recursos —petróleo y gas, minerales, acuíferos de ciertas zonas desérticas (aguas de depósitos prehistóricos)— estará siempre limitado por las existencias actuales.

Los capitalistas solo prestan atención por lo general a las consecuencias a corto plazo de sus operaciones, como mucho a tres o cinco años. Es así como tienen que pensar debido a las imprevisibles condiciones de negocio (las fases del ciclo económico, la competencia de otras empresas, los precios de los insumos necesarios, etc.) que exigen que los especuladores busquen beneficios a corto plazo. Los capitalistas, por lo tanto, actúan sin reconocer en absoluto que sus actividades tienen un límite natural, como si hubiera existencias ilimitadas de recursos naturales para ser explotados. Cuando cada capitalista individual persigue el objetivo de obtener ganancias y acumular capital, toman decisiones que, colectivamente, perjudican al conjunto de la sociedad. El descenso bien documentado, casi hasta el punto de la extinción, de muchas especies de peces marinos constituye un buen ejemplo. Dicho fenómeno responde al interés individual a corto plazo del propietario del pesquero —algunos de los cuales operan en la

misma escala que una factoría y pescan, procesan y congelan el pescado— por maximizar la captura. Aunque no existe límite alguno a la codicia humana, existen límites para muchos recursos, incluida la productividad de los mares.

El empleo de agua para la irrigación es una práctica antigua que solo en los últimos 50 años ha empezado a alcanzar su límite natural. La capacidad de algunas cuencas y ríos ha llegado al nivel máximo de explotación: es tanta el agua que se retira del río Amarillo en el norte de China que la mayoría de los años este río no llega al mar. Con la utilización de potentes bombas capaces de explotar acuíferos más profundos y bombearla en grandes cantidades, el agua se puede sacar más rápido de lo que el acuífero se llena por efecto del agua de lluvia que se filtra a través del suelo. A las primeras personas que señalaron que la extracción de más agua de la que las lluvias reponían del acuífero de Oglala, que subyace a la zona de la Gran Llanura que se extiende desde Dakota del Sur hasta la franja de Texas que se interpone entre Nuevo México y Oklahoma, no podría mantenerse durante mucho más tiempo y requeriría pozos cada vez más profundos hasta resultar poco práctico, sino imposible, continuar la explotación, ¡las acusaron de comunistas! Es una muestra de lo *poco capitalista* que es pensar en los posibles límites que pueden imponer los recursos a la actividad económica.

Cuánto tiempo se tarde en agotar los depósitos no-renovables dependerá del tamaño de cada depósito y de la tasa de extracción de cada recurso. Mientras que el agotamiento de ciertos recursos es posible que no se produzca hasta dentro de centenares de años (suponiendo que la tasa de incremento de la extracción se mantenga estable), el límite de algunos recursos importantes —el petróleo y algunos minerales— no está tan lejos. Por ejemplo, se calcula que, con la tasa actual de utilización del petróleo, las reservas conocidas se extinguirán dentro de los próximos 50 años: la tasa de reservas por extracción anual era en 2003 de 41 años, lo que supone un descenso con respecto a los casi 44 años de 1989 (British Petroleum, *Statistical Review of World Energy 2004*, <http://www.bp.com>). La producción de mineral de hierro —ingrediente básico de los productos de hierro y acero que se utilizan— aumentó un 16% de 2003 a 2004. Si continúa creciendo a un ritmo del 7% anual desde este momento, los depósitos de hierro conocidos se agotarán en unos 60 años. Si se mantiene el rápido incremento de la utilización de cobre, todas las reservas conocidas se habrán agotado en poco más de 60 años.

Frente al carácter limitado de los recursos naturales, no existe en el sistema capitalista una forma racional de establecer prioridades, ya que es el

mercado —es decir, los ricos con su poder en el mercado— el que decide la asignación de las materias primas. Cuando empiecen a disminuir las extracciones, como se espera que suceda con el petróleo en un futuro próximo, el aumento de los precios incrementará las presiones sobre los que hasta hace poco tiempo habían sido el orgullo del capitalismo mundial: los trabajadores de supuesta clase media del centro.

F. ¿Un capitalismo con rostro humano? Reforma y contrarreforma

Es posible efectuar reformas para suavizar los efectos sociales y ecológicos del crudo funcionamiento del sistema capitalista. Ciertamente, muchas de ellas ya se han llevado a cabo, incluidas las reformas que produjeron ciertas mejoras para los trabajadores de los países capitalistas del núcleo, como la reducción de la jornada y la semana laboral, el derecho de sindicación, un sistema de retiro basado en una seguridad social gestionada por el gobierno, el aumento de los sueldos y las leyes de seguridad en el trabajo. Las preocupaciones que provoca el medio ambiente han dado lugar a leyes que han mejorado el lamentable estado de la calidad del aire y del agua en la mayoría de los países capitalistas avanzados. Sin embargo, tal y como se aprecia en la actualidad en los países del núcleo, es posible que el capital dé marcha atrás en los logros alcanzados con las duras luchas de la clase trabajadora. En el tira y afloja de la lucha de clases, siempre que las condiciones favorecen decididamente al capital, se dan intentos de revertir los logros alcanzados y presionar para reducir al mínimo las limitaciones y obtener la máxima flexibilidad para el capital.

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, el capital, temeroso de que una revolución pudiera destruir el sistema y necesitado de la cooperación de los trabajadores para poner los países nuevamente en marcha, fomentó el Estado del bienestar en gran parte de Europa: vacaciones pagadas, mejores salarios; Alemania incluso introdujo a los trabajadores en las juntas de dirección. En los Estados Unidos, el Estado del bienestar se inició con el New Deal de Roosevelt, al que vinieron a sumarse nuevos programas en la década de 1960.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con la rápida reconstrucción de las economías —impulsada por el estímulo del automóvil y el desarrollo de áreas residenciales de extrarradio, con todas sus ramificaciones—, había mucho dinero para sufragar programas de bienestar, pagar salarios más altos a los trabajadores y seguir obteniendo elevados beneficios. Cuan-

do la economía crecía rápidamente, también lo hacían los impuestos (con pocas dificultades) para financiar nuevos programas. La preocupación por la estabilidad social de la década de 1960 y el deseo de contar con el apoyo de las masas en la Guerra Fría, sobre todo en los Estados Unidos, también forman parte de la explicación del aumento de los programas sociales. Lo que en realidad sucedió dependió también de la militancia de los sindicatos y de otras formas de lucha de clases, como el movimiento negro por los derechos políticos y económicos. Sin embargo, con el desarrollo de corporaciones cada vez mayores, la competencia entre países se volvió más intensa, sin que existieran nuevas fuerzas que estimularan el rápido crecimiento de la economía, como había ocurrido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la década de 1960.

Cuando se produjo el estancamiento económico, en la década de 1970, el capital respondió de diversas formas. Las estrategias de inversión variaron para mantener las ganancias: se produjo una trasvase de inversiones de la producción de artículos físicos al sector servicios y al mundo especulativo de las finanzas (la creación y venta de toda una diversidad de productos financieros). Con el estancamiento, las sociedades capitalistas, tal y como había ocurrido durante las depresiones a lo largo de toda su historia, también trasladaron la carga del estancamiento, el militarismo y las guerras a la clase trabajadora (y a las posesiones coloniales). A partir de la década de 1980, las personas en la cúspide de la sociedad han fomentado una permanente guerra de clases con el objetivo de reducir los impuestos de las empresas y de las personas más ricas. También a partir de la década de 1980 —y de forma más acelerada en la actualidad—, los intereses creados del capital han desatado una campaña para dismantelar tantos derechos de los trabajadores como sea posible (incluidos los derechos de quienes forman parte del ejército de reserva): ataques a los programas de bienestar, dificultades para la sindicalización de los trabajadores y facilidades para su despido, disminución de la cobertura de las pensiones, privatización de servicios básicos (incluidas escuelas) e intentos de privatizar la seguridad social. Los conservadores estadounidenses nunca aceptaron los programas sociales gubernamentales y se han fijado como objetivo dar marcha atrás en todos los programas iniciados durante el New Deal de Franklin D. Roosevelt y en la era de la Gran Sociedad de la década de 1960, hasta regresar a la situación anterior a la época en que el Gobierno de la nación desempeñaba un papel decisivo para la protección de los derechos de los trabajadores. Existe también un impulso similar del capital europeo para rebajar las protecciones y los derechos de los trabajadores con el pretexto de que es necesario que las industrias se vuelvan más competitivas en el mercado mundial.

La codicia, el individualismo y la competencia que el capitalismo alimenta hacen que resulte relativamente fácil justificar la supresión de los programas de ayuda a los trabajadores y a los pobres. Así pues, el capitalismo puede adquirir un «rostro humano» solo durante breves periodos de tiempo. Aunque haya reformas que proporcionen modestas mejoras, es imposible contar con que estas sirvan para alcanzar una sociedad verdaderamente humana. Tal y como vemos en la actualidad, siempre hay contrarreformas cuando aumenta la fortaleza del capital en relación con la de los trabajadores, y la guerra de clases promovida desde arriba se convierte en la norma. Y, más importante, los males de la desigualdad, la pobreza y el sufrimiento, la degradación medioambiental, la explotación total de los recursos antes de que se hayan descubierto o desarrollado recursos sustitutos —además de la penetración económica, política y militar imperialista de la periferia— fluyen todos ellos de la naturaleza misma del capitalismo.

Es necesaria una sociedad nueva porque todos esos males forman parte del ADN del sistema capitalista. Alejarse del capitalismo es más una necesidad que una opción: los imperativos medioambientales y el aumento de las condiciones de sufrimiento acabarán imponiendo un cambio en la sociedad. Las posibilidades que apunta el futuro son limitadas: un giro hacia el fascismo (la barbarie) o la creación de una sociedad colectiva capaz de satisfacer las necesidades básicas de toda la humanidad.

3. Aprender de los errores de las sociedades posrevolucionarias

A la vista de la extensión del sufrimiento y de la amenaza de una catástrofe medioambiental endémicas del capitalismo, ¿qué hay que hacer? Una respuesta simple y directa es la que recientemente proponía Nora Castoneda, fundadora de un banco para mujeres en Venezuela: «Estamos creando una economía al servicio de los seres humanos, en lugar de poner a los seres humanos al servicio de la economía». Es una descripción que podría defenderse como esencia de los objetivos del socialismo. Podría representar correctamente las esperanzas de miles de millones de personas. Sin embargo, la evolución de las dos grandes revoluciones socialistas —en la Unión Soviética y en China— ha dejado a muchas personas de izquierdas con un sentimiento de desánimo y de postración en relación a las perspectivas del socialismo.

Desafortunadamente, muchos de nosotros tenemos una visión simplificada y pasamos por alto las contradicciones en el trayecto hacia un nuevo

orden social. Las sociedades posrevolucionarias alcanzaron numerosos logros: pleno empleo, educación de las masas, servicios médicos para todas las personas, industrialización, elevación de la esperanza de vida, fuerte descenso de la mortalidad infantil y muchas otras cosas. Marcaron un avance en la vía hacia el socialismo. Sin embargo, tras un periodo relativamente corto de tiempo, todas ellas se desviaron hacia sistemas sociales que no eran ni capitalistas ni socialistas. Al final, todas acabaron firmemente encaminadas hacia el capitalismo. Pero ¿cómo se desencaminaron todas esas revoluciones? ¿Hay algo que podamos aprender en vistas a acometer nuevos intentos de tomar la vía radical, la vía socialista? Es difícil encontrar respuestas firmes, y tampoco pretendemos tener todas las respuestas. Sin embargo, nos gustaría apuntar ciertas líneas de estudio y de análisis que podrían ayudar a entender los fracasos.

Lo más importante, en nuestra opinión, es que el alejamiento de la vía socialista no era algo inevitable. Más bien, los desvíos se derivaron de circunstancias históricas específicas y, en gran medida, se debieron a la perduración de antiguos grupos sociales y de viejas formas de pensar. La ideología capitalista persistió y estuvo al servicio de los nuevos grupos dominantes, muchos de cuyos miembros, en pos de su propio interés, jugaron a hacerse con un puesto elevado en la nueva jerarquía manteniendo a la vez la moralidad de las antiguas clases dominantes derrocadas. El objetivo confeso de alcanzar una genuina democracia —con una intensa implicación del pueblo en las decisiones y su participación en el establecimiento de las políticas y las prácticas de la nueva sociedad— era más verbal que real.

Tal vez una de las lecciones, si no la principal, que podemos aprender de las sociedades posrevolucionarias es la afirmación de que al socialismo no se llega de un día para otro: el trayecto hacia una transformación tan notable de la estructura social y de la conciencia de las personas es, de hecho, muy larga. Además, está repleto de escollos. Mao lo expresó de forma clara y sencilla:

El marxismo-leninismo y la práctica de la Unión Soviética, China y otros países socialistas nos enseñan todos ellos que la sociedad socialista cubre una fase histórica muy larga. A lo largo de toda esa fase, la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado continúa, y sigue en pie la cuestión de «quién vencerá» entre las vías del capitalismo y el socialismo, igual que el peligro de restauración del capitalismo (Mao Zedong, «On Khrushchev's Phony Communism and Its Historical Lessons for the World: Comment on the Open Letter of the Central Committee of the CPSU», 1964).

La larga transición hasta un socialismo completamente desarrollado requiere una cultura verdaderamente nueva imbuida de una nueva ideología. Para la creación de un nuevo orden social, es esencial invertir de manera fundamental la mentalidad dominante de la época capitalista. No obstante, la ideología, los valores, la ética y las creencias prevalecientes con el capitalismo son poderosas y no pueden evolucionar de un día para otro hasta convertirse en algo diferente. Vivimos en una sociedad que promueve y, a veces, requiere el egoísmo, la codicia, el individualismo y un brutal espíritu competitivo. Una sociedad socialista, por el contrario, requeriría y ayudaría a producir una ideología colectiva adaptada a una práctica social completamente distinta, centrada en servir a todas las personas, en proscribir la jerarquía, en superar las diferencias de rango y en avanzar hacia el igualitarismo. Marx planteó en términos filosóficos la difícil cuestión de todos esos cambios:

La doctrina materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y de que, por lo tanto, un hombre cambiado es producto de unas circunstancias y una educación cambiadas olvida que son los hombres los que cambian las circunstancias y que hace falta educar al propio educador. Por eso, dicha doctrina es probable que divida a la sociedad en dos partes, una de las cuales sea superior a la sociedad. La coincidencia del cambio de las circunstancias y el cambio de la actividad humana o «cambio de sí misma» [*Selbstveränderung*] solo es posible concebirla y comprenderla racionalmente como práctica revolucionaria (Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach* [conviene señalar que la palabra que Marx utilizó no era «hombre», sino «*Mensch*», que en alemán se aplica igualmente a hombres y mujeres]).

La expresión clave que aparece en la cita es «práctica revolucionaria». Esta precisa un elevado grado de implicación de la gente en el proceso revolucionario de edificación de una nueva sociedad. Y eso requiere y debería propiciar, al menos, la plena libertad de las personas de criticar a los líderes y discutir las políticas.

A. La experiencia de la Unión Soviética

Son muchos los factores que subyacen al fracaso en el establecimiento de una sociedad socialista en la Unión Soviética. A pesar de la destacada mejora del bienestar social y de la impresionante industrialización, nunca llegó a establecerse firmemente una vía clara hacia el socialismo ni, ciertamente,

hacia el socialismo que Marx defendió. Sin ser capitalista, la Unión Soviética no era tampoco socialista. Ya hemos discutido con anterioridad en estas páginas con cierto detalle cuál es nuestra concepción de los problemas económicos y sociales que aparecieron en la Unión Soviética.⁶ No repetiremos aquí la discusión ni todos los argumentos, sino que ofrecemos más bien un breve resumen de las cuestiones clave, para lo que utilizaremos en ocasiones pasajes de los artículos publicados.

Aunque, de hecho, la revolución de 1917 sacudiera al mundo, la nueva sociedad posrevolucionaria hubo de enfrentarse a numerosos peligros. Cuatro años de guerra civil perturbaron el desarrollo de la sociedad soviética, destruyeron buena parte de sus infraestructuras y ocasionaron gran cantidad de muertes y de destrucción. La nueva sociedad posrevolucionaria también hubo de hacer frente al intenso deseo de las grandes potencias —los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, etc.— de aplastar la Revolución Bolchevique en el momento mismo de su nacimiento. Y, a pesar de las extremas dificultades, tan pronto como la Unión Soviética pudo tomar aliento, se dedicó deliberadamente a proporcionar un acceso igualitario de las personas a la vivienda, la educación, los servicios médicos y la atención a los ancianos y los discapacitados. Asombroso, realmente sensacional, fue el hecho de alcanzar y mantener el pleno empleo justo en el momento en que Occidente padecía la Gran Depresión (lo habitual en esos años, incluso en los países más ricos, era que el desempleo afectara a entre el 20% y el 30% de la fuerza laboral).

Harry Magdoff realizó una gira por diversas empresas norteamericanas de máquinas-herramienta con objeto de preparar un plan para tal industria durante la Segunda Guerra Mundial. Una y otra vez, los propietarios le explicaron que la supervivencia en los momentos más bajos de la Gran Depresión se debió a la entrada de pedidos procedentes de Rusia para su plan quinquenal. Además, sin la ayuda de nadie, la Unión Soviética transformó una sociedad atrasada, industrialmente subdesarrollada, en un país avanzado, capaz de equipar a un ejército y una fuerza aérea que no solo lograron resistir la invasión alemana durante la Segunda Guerra Mundial, sino que además tuvieron un destacado papel en la derrota final del ejército alemán. Aun así, en no poca medida, el país se alejó del objetivo último del socialismo en una época temprana, debido en gran parte al desarrollo de una élite burocrática privilegiada y de un nacionalismo distorsionado.

Burocracia y nacionalismo

La sociedad rusa posrevolucionaria se alejó considerablemente del ideal socialista defendido por Marx y Engels que esta proclamaba. Ni Marx ni Engels habían diseñado un prototipo de nueva sociedad, ni habían previsto con todo detalle los ensayos y las tribulaciones en la lucha por el socialismo, entre ellos la posibilidad de alternar fracasos con victorias, de ir ganando y perdiendo batallas, hasta asentar firmemente la transferencia del poder de las clases superiores a las clases inferiores. Sin embargo, su fe en una victoria final nunca se tambaleó y, así, fueron aprendiendo de las corrientes de su época y reafirmando los principios de una república popular. Por lo tanto, la Comuna de París no solo fue objeto de celebración, sino también de estudio, como en la obra de Marx *La Guerra Civil en Francia*. La introducción de Engels a dicho ensayo destacaba las políticas claramente socialistas de la Comuna. De importancia crítica, en su opinión, era el intento de la Comuna de protegerse frente a la aparición de líderes susceptibles de convertirse en nuevos patrones:

Desde el principio mismo, la Comuna se vio obligada a reconocer que la clase trabajadora, después de llegar al poder, no podía seguir gobernándose con la antigua maquinaria estatal; que, para no volver a perder la supremacía justamente alcanzada, por un lado dicha clase trabajadora tenía que deshacerse de la antigua maquinaria de represión empleada anteriormente contra ella y, por otro lado, protegerse de sus propios representantes y cargos [...]

Para evitar [la] transformación del Estado y de los órganos del Estado de sirvientes de la sociedad en amos de la sociedad —transformación inevitable en todos los estados anteriores—, la Comuna se sirvió de dos medios infalibles. En primer lugar, todos los puestos —administrativos, judiciales y educativos— se nombraron por elección sobre la base del sufragio universal de todas las personas implicadas y quedaron sujetos a la revocación en cualquier momento por parte de esos mismos electores. Y, en segundo lugar, todos los cargos, superiores o inferiores, recibían el mismo salario que los demás trabajadores [...] De ese modo se establecía una barrera contra la ambición de obtener cargos y hacer carrera, aparte incluso de los mandatos de obligado cumplimiento encomendados a los delegados en los cuerpos representativos que también se añadieron.

Por el contrario, la Unión Soviética hubo de enfrentarse a unas condiciones especiales que provocaron la aparición de una burocracia que pasaría a dominar la sociedad soviética. Vale la pena señalar la observación de Trotsky al final de la Guerra Civil: «La desmovilización de cinco millones de miembros del Ejército Rojo tuvo un papel no poco importante en la for-

mación de la burocracia. Los comandantes victoriosos asumieron los principales puestos de los soviets locales, de la economía y de la educación, y una y otra vez introdujeron en todas partes el mismo tipo de régimen que había asegurado el éxito en la Guerra Civil. Así pues, en todas partes las masas quedaron gradualmente apartadas de la participación activa en la dirección del país» (*La revolución traicionada*).

La burocracia creció como un cáncer en la difícil época de la recuperación de la Primera Guerra Mundial y de la Guerra Civil que vino a continuación. En poco tiempo, el control de la economía y de la sociedad se concentró en un Estado gobernado por una pequeña minoría bien aferrada al poder estatal. Al mismo tiempo, el sector que constituía la élite de la población —líderes del partido, directores de las industrias, cargos del gobierno, oficiales del ejército, intelectuales y artistas— ascendió hasta constituir un estrato privilegiado. La estratificación de la población y la jerarquía quedaron establecidas de forma duradera e influyeron en los patrones de acumulación, además de contribuir a la reproducción de la nueva formación social. La estratificación benefició a la cúspide privilegiada, no solo en términos de renta, sino, asombrosamente, también en términos de las diferencias en calidad de los servicios médicos, de la educación, de la vivienda (casas de campo, además de grandes apartamentos urbanos), de los lugares de vacaciones, los lugares de caza, los coches y la disponibilidad de alimentos que no era posible encontrar en los mercados. Naturalmente, cuanto mayor era el consumo de las élites, menos quedaba para el resto de la población. Y los privilegios y el poder de los miembros de los estratos superiores se perpetuaban en sus descendientes. Sin embargo, a diferencia del capitalismo, no existía la herencia de la propiedad de los medios de producción.

Ese sistema de mando jerarquizado gobernaba con mano de hierro en la mayoría de los aspectos de la vida civil, así como en el conjunto de la economía. Características destacadas de esa extensa burocracia eran la rigidez y el sentimiento de inseguridad perpetuamente presente entre los sectores privilegiados: la necesidad de proteger sus propios intereses y de evitar ser expulsados de la propia posición de privilegio, por no hablar de la necesidad de evitar la cárcel. Como norma, la jerarquía invadía institutos, empresas industriales y agrupaciones industriales. Así pues, el sistema soviético produjo sus propias contradicciones: una estructura burocrática que operaba distanciada de las masas, tan rígida y tan atrincherada que era capaz de sabotear las reformas económicas y políticas destinadas a mejorar la eficiencia en la producción y la distribución. Al mantenerse en pie todos esos desarrollos, se generaron grandes diferencias en las condiciones de

vida entre sectores de la población, repúblicas y regiones. Dentro de cada una de las repúblicas, los estratos sociales altos y medios se esforzaban diligentemente por elevar su estatus y alcanzar un modo de vida similar al de las clases altas y medias de Occidente.

Un segundo alejamiento importante de los principios del socialismo es el que se produjo en relación con la cuestión nacionalista. Durante el siglo XIX, los zares se habían anexionado extensas áreas formadas por naciones con poblaciones étnicamente diversas. Los zares y la nobleza habían edificado un imperio. Los líderes del Partido Comunista tenían opiniones distintas sobre cómo gestionar tal hecho tras el derrocamiento del zar. Como socialistas, ¿qué era lo que había que hacer? La postura de Lenin al respecto era firme: había que crear una federación de estados en la que todos y cada uno de ellos tuviera el derecho de escindirse. Además, la constitución debería contemplar la rotación de los presidentes de la Unión Soviética entre las distintas nacionalidades. Stalin ridiculizó las sugerencias políticas de Lenin calificándolas de románticas. El resultado final fue una federación en la que Rusia pasó a ser el centro y la rusificación se convirtió en la norma.⁷

El desarrollo económico subsiguiente vino a reflejar la posición dominante de Rusia. Es cierto que, después de la Revolución, las repúblicas del Oriente Medio soviético y las repúblicas asiáticas experimentaron un avance significativo en numerosos aspectos. Por ejemplo, la calidad de vida, la educación y las instalaciones culturales de las repúblicas del Oriente Medio soviético eran muy superiores a las de los pueblos de las mismas etnias situados al otro lado de la frontera. De manera similar, el progreso también se hizo extensivo a las repúblicas soviéticas de Asia. Sin embargo, siguieron existiendo importantes diferencias entre el centro y la periferia. Un manual de estadísticas oficiales de la Unión Soviética informaba en 1987 —transcurridos 70 años desde la Revolución— de que «en el conjunto del país, un 21% de los alumnos [...] de las escuelas carece de calefacción central; un 30% no tiene instalación de agua, y un 40% no tiene cloacas» (*The USSR in Figures for 1987*, Finansy I Statistika, Moscú, 1988). Creemos que todas esas deficiencias indican la escala de prioridades adoptada por el centro ruso. Así pues, en el Turkestán, por ejemplo, más del 60% de los hospitales y salas de maternidad, así como de los hospitales infantiles, carecía de agua corriente, y unos dos tercios de los hospitales no contaban con instalación de agua en el interior (Nikolai Shmelev y Vladimir Popov, *The Turning Point*, Doubleday, 1989). La Revolución aportó beneficios significativos a las zonas anteriormente coloniales, pero seguían existiendo considerables diferencias entre núcleo y periferia. Los datos

incluidos en la siguiente tabla (tabla 2), en la que se compara el producto interior bruto per cápita de Rusia y el de algunas repúblicas asiáticas después de 70 años de poder soviético, nos ofrecen una imagen global de la situación.

**Tabla 2: Producto interior bruto per cápita, 1990
(índices en relación con Rusia)**

Federación rusa	100
Azerbaiyán	60
Kirguizistán	46
Tayikistán	39
Turkmenistán	47
Uzbekistán	55

Fuente: A. Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, OCDE, 2001.

Además de las diferencias entre Rusia y las antiguas colonias zaristas, también siguieron existiendo fuertes diferencias dentro de la propia Rusia, en modelo y calidad de vida, entre Moscú y otras regiones más atrasadas.

La planificación y la economía soviética

La mayor parte de los problemas que provocaron la crisis de la Unión Soviética a finales del siglo xx están relacionados con la economía y la forma en que esta se organizó en los primeros años de la Revolución. Es normal atribuir la culpa de las dificultades de la Unión Soviética a la utilización de la planificación central. Hay incluso quien afirma que es imposible tener una economía planificada en un país grande y complejo, y algunos ofrecen como alternativa el «socialismo de mercado» (véase más adelante). Sin embargo, el fracaso económico no es atribuible a la planificación en sí misma, sino que se derivó más bien de las características particulares de la planificación soviética: un sistema desarrollado en circunstancias únicas y que tomó un rumbo muy distinto del imaginado por los primeros revolucionarios. Lo que hubo en la Unión Soviética fue, esencialmente, planificación sin un plan realista. La Unión Soviética no tenía necesidad de embarcarse en un ambicioso programa de planificación central e industrialización masiva en el momento en que lo hizo, a finales de la década de 1920. Una parte sustancial de los líderes, encabezados por Bujarin, defen-

día una evolución más lenta y más gradual. Por supuesto, una vez tomada la decisión, era inevitable que se siguieran ciertas consecuencias a partir del objetivo inicial de una aceleración increíblemente rápida del crecimiento económico en condiciones inusualmente forzadas: enorme incremento del papel económico del Estado, concentración extrema de la toma de decisiones y estricta reglamentación del pueblo. El primer Plan Quinquenal creó el escenario para gran parte de los acontecimientos posteriores en la Unión Soviética, en términos tanto económicos como sociales y políticos. Los objetivos paralelos de una rápida industrialización y de la edificación de una potente fuerza defensiva —ambos importantes, dada la situación internacional— dominaron el pensamiento soviético a partir del primer plan, en 1928. Los esfuerzos por llevar a la práctica un plan excesivamente ambicioso a la vista de los recursos humanos y naturales disponibles —desarrollado sin una amplia participación de las masas— llevaron a la utilización rutinaria de la amenaza y la coerción.

Mientras la economía fuera capaz de mantener una elevada tasa de crecimiento, existía suficiente margen de maniobra para evitar que las contradicciones llegaran al punto de ebullición y explotaran. Sin embargo, cuando la tasa de crecimiento descendió y la economía acabó por estancarse en el periodo que va de la década de 1960 a la de 1980, se había creado el escenario para una profunda crisis, que acabaría conduciendo a la reinstauración de un forma bastarda de capitalismo. Pero ¿por qué una economía dirigida coercitiva y con un estricto control jerárquico —lo que era tan solo uno de los procederes posibles en 1928, pero que había funcionado bien en las décadas de 1930 y 1940— empezó a estancarse en los últimos años? En los primeros años, existía una abundante provisión de fuerza laboral en las ciudades, además de la que era posible aportar desde las regiones agrícolas, así como una enorme dotación de recursos naturales. Por lo tanto, era posible organizar la construcción de fábricas bajo un fuerte control gubernamental que coordinara el uso de los recursos tanto humanos como naturales, lo que produjo un rápido aumento del empleo y de la producción. La apelación al nacionalismo y a los ideales de la revolución también jugaron su papel a la hora de inspirar dicha evolución, sobre todo cuando el país tuvo que hacer frente a la amenaza y, posteriormente, la realidad de la guerra.

Sin embargo, una vez finalizada la reconstrucción posterior a la Segunda Guerra Mundial, existía una serie de obstáculos en el camino para renovar las elevadas tasas de crecimiento utilizando una economía dirigida centralizada que pretendía controlar casi todas las decisiones económicas. En esa situación, los procedimientos utilizados anteriormente se volvieron

contraproducentes. En primer lugar, el crecimiento de la población en edad laboral era relativamente pequeño (a causa de la enorme pérdida de población en edad de tener hijos durante la Segunda Guerra Mundial y del descenso general de la tasa de nacimientos). En segundo lugar, existían cada vez mayores dificultades para la extracción de materias primas, ya que los depósitos más fáciles de explotar estaban agotados. En 1974, antes de que la mayoría reconociera la crisis social y económica de la Unión Soviética, Moshe Lewin escribía:

Desapercibidas durante algún tiempo [en los círculos oficiales], existían todas esas características autodestructoras que habían aparecido en la década de 1960. El incremento de los medios destinados a la acumulación y la inversión, irónicamente, condujo a la disminución del rendimiento de la inversión y el descenso de la tasa de crecimiento [...] Los estudios mostraban que el aumento de los costes de operación ralentizaba todo el proceso, y que las estrategias utilizadas se habían vuelto manifiestamente contraproducentes y era necesario revisarlas urgentemente. La dedicación unilateral a la prioridad de la inversión en la industria pesada, que se suponía que había sido el principal secreto del éxito, junto con las enormes inyecciones de fuerza de trabajo y de presiones políticas coercitivas, aparecían como factores implicados en la ralentización. No obstante, los dogmas y las prácticas presentes tras dichas medidas se mantuvieron tenaces. Se siguió mimando generosamente la industria pesada a expensas del consumo, con una cantidad de productos relativamente mayor dedicada a la industria pesada, más que a favorecer el consumo. «Producir por producir» era la frase que expresaba en verdad la posición de la economía soviética, y ni la calidad de vida ni la renta nacional se beneficiaban adecuadamente de ello (Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, Princeton University Press, 1974).

Según se va desarrollando una economía, lo habitual es que se dedique más inversión a reemplazar los equipos gastados u obsoletos con nuevas y mejores máquinas, lo que conlleva una mejora de la productividad del trabajo. Sin embargo, la insistencia soviética en edificar y equipar nuevas plantas como forma de continuar creciendo llevó a la negligencia de las fábricas más antiguas. Los trabajadores se vieron obligados a seguir manejando equipos ineficientes y obsoletos, con frecuentes parones de producción causados por averías de los equipos. La escasez de materias primas también provocó un ritmo de edificación de nuevas instalaciones mucho más lento del esperado.

La eficiencia de la economía soviética no aumentó como se esperaba porque la energía se disipaba en distintas direcciones (a los jefes de los grupos industriales se los evaluaba por la cantidad de fábricas nuevas que eran

capaces de construir, en lugar de por la eficiencia de las ya existentes). Así pues, la inversión se destinaba preferentemente a las nuevas fábricas, muchas veces sin que existieran los recursos necesarios para finalizar el trabajo. Los planificadores y directores de grupos industriales no decidían de forma lógica qué era lo que hacía falta producir y para quién, para después pensar la mejor manera de hacerlo. Por el contrario, la edificación de grandes fábricas se convirtió en una ideología.

Las fábricas solían basarse en el antiguo principio de la compañía automovilística Ford según el cual cada grupo industrial produce todos los distintos componentes necesarios para su producto: vidrio, rodamientos, acero, etc. Con esa forma de organizar la producción se pierde gran cantidad de potencial eficiencia, ya que, sin la existencia de una multiplicidad de proveedores posibles, cualquier problema de producción en un sector puede obligar a cerrar la totalidad de la agrupación industrial por falta de un componente. Existían además otras ineficiencias notables en la economía soviética. En las zonas rurales había una cantidad insuficiente de silos para el almacenamiento de grano, lo que daba lugar a enormes desperdicios. También la falta de buenas carreteras entre el campo y las ciudades causaba lentitud en el transporte de bienes.

Está claro que la crisis social y económica que precedió a Gorbachov no fue un fenómeno accidental. Tal y como estaba constituido, el sistema económico soviético solo podía producir crecimiento si existían abundantes recursos susceptibles de ser movilizados. Con el agotamiento de los recursos, la magia de la economía dirigida se evaporó. La incapacidad para abandonar un sistema elegido en una fase temprana del desarrollo soviético —que se había convertido en una perpetua economía dirigida y controlada basada en el crecimiento continuo de la industria pesada y que, simultáneamente, había desarrollado una abundante y consolidada burocracia con una gran cantidad de privilegios y otras generosas retribuciones extraordinarias— significaba que no había salida alguna.

Tras la muerte de Stalin, se había discutido y probado todo un conjunto de soluciones. Pero lo que hacía falta era una revisión total del sistema existente suscitada por la actividad revolucionaria sobre la que escribió Marx. Las reformas y los proyectos que se intentaron llevar a cabo fueron saboteados porque amenazaban el empleo o el estatus de los líderes de la industria y otros sectores privilegiados. Tenemos la sospecha de que entre los altos cargos existía un creciente interés en la privatización de los medios de producción como forma de conseguir riqueza y seguridad para sí mismos y para sus descendientes.

B. La experiencia de China

Cuando el Ejército Rojo, liderado por el Partido Comunista de China, entró en Pekín en 1949, el trabajo que hacía falta para crear una vía hacia el socialismo excedía con creces los trabajos de Hércules. Un hambre atroz hacía estragos en el territorio. Existía el tipo de pobreza en el que sin duda pensaba Ghandi cuando dijo: «La pobreza es la peor forma de violencia». No existía sistema alguno de salud, mientras que las enfermedades de todo tipo estaban bien extendidas. Las masas eran analfabetas. La formación era mínima. Todas esas abismales condiciones se combinaban para generar un sorprendente efecto: *¡la esperanza de vida en China en esa época era de 35 años!*

El nuevo régimen puso patas arriba la antigua sociedad al colocar la satisfacción de las necesidades humanas como principal prioridad. Se instauró un sistema de salud en toda la nación y se lanzaron campañas que redujeron enormemente las enfermedades, llegando incluso a eliminarlas en algunos casos. Se ampliaron enormemente las instalaciones educativas y un fuerte impulso alfabetizador generó alfabetización a lo largo y ancho del país. Se introdujo el «cuenco de arroz de hierro», un sistema de empleo garantizado de por vida en empresas estatales y una pensión de retiro asegurada. Y, a principios de la década de 1950, todos los campesinos recibían su parte de, en palabras de Bill Hinton, «el medio máspreciado y básico de producción: la tierra». Uno de los principales balances de todos esos esfuerzos por mejorar la vida de las personas fue que *la esperanza de vida había aumentado hasta los 65 años para 1980.*

Sin embargo, en ausencia de una democracia significativa, todos esos radicales logros sociales supusieron una oportunidad para el desarrollo de una burocracia, con su consiguiente impacto. En todos los escritos de Mao Zedong de esa época se ataca a la nueva burocracia, que no solo se comportaba como un comandante con sus subordinados, sino que también obtenía privilegios especiales para sí misma. Una y otra vez, Mao dejaba claro cuáles eran los peligros. Esta es la forma en que Zhou Enlai, cercano colaborador de Mao, describió el peligro:

Durante un periodo bastante largo, la clase terrateniente, la burguesía y otras clases explotadoras que habían sido derrocadas seguirán siendo fuertes y poderosas en nuestra sociedad socialista; bajo ninguna circunstancia debemos tomárnoslas a la ligera. Al mismo tiempo, se producirán incesantemente nuevos elementos burgueses, nuevos intelectuales burgueses y otros nuevos explotadores en la sociedad, en los órganos del Partido y del Gobierno, en las organizaciones económicas y en los

departamentos culturales y educativos. Todos esos nuevos elementos burgueses y demás explotadores intentarán invariablemente encontrar protectores y agentes en las organizaciones dirigentes más altas. Los nuevos y los viejos elementos burgueses y demás explotadores sumarán fuerzas invariablemente para oponerse al socialismo («Report on the Work of the Government, 30 December 1964», tal y como aparece citado en Maurice Meisner, *Mao's China and After*, Free Press, 1986).

En el fondo, tal y como señalaba Mao, incluso algunos de quienes ocupaban posiciones elevadas en el Partido Comunista deseaban seguir la «vía capitalista». La intención de Mao al iniciar la Revolución Cultural (1966-1976) era movilizar e implicar a millones y millones de personas de todos los sectores de la sociedad —trabajadores y campesinos, tanto como estudiantes e intelectuales— en la lucha contra las fuerzas internas del Partido favorables a la restauración del capitalismo. Entre muchos intelectuales chinos y de los Estados Unidos, la Revolución Cultural se ha considerado una época de caos inhumano. Es cierto que la Revolución Cultural fue caótica, con múltiples facciones de la Guardia Roja (algunas incluso de falsos guardias rojos, organizadas posiblemente por las personas atacadas para confundir a las masas) y numerosos casos de trato desmedido e inhumano, incluso de asesinatos. Por otra parte, en las áreas rurales el periodo se suele contemplar de manera más positiva, como una época en la que se construyeron numerosas infraestructuras y se prestó atención a los problemas de la gran masa de personas que vivía en el campo.

Un gran cambio —un revés, de hecho— en la dirección del desarrollo económico y social de China fue el que dio comienzo en 1978, dos años después de la muerte de Mao, cuando los altos cargos del Partido emprendieron importantes reformas que se alejaban de las características esenciales de la revolución (véase William Hinton, *The Great Reversal: The Privatization of China, 1978-1989*, Monthly Review Press, 1990).

Ni podemos ni queremos hacer un diagnóstico de los motivos psicológicos o personales de los diseñadores del nuevo rumbo, ni tampoco hemos intentado describir todos los giros y recodos seguidos por la Revolución china desde 1949. Lo que sí que ha llegado a estar claro es que durante mucho tiempo existieron profundas diferencias dentro de la dirección del Partido con respecto a la estructura de la sociedad y a la estrategia para su desarrollo. Por un lado, había quienes deseaban (a) enfrentarse a los imperialistas extranjeros (que controlaban de hecho zonas de la costa este e invertían en ellas), (b) huir de la antigua cultura feudal, (c) priorizar y ayudar a los campesinos y (d) superar el chauvinismo de la etnia han y prestar

una atención especial a las minorías nacionales. Por el otro lado, había quienes pretendían hacer de China una gran potencia otorgando prioridad a la industrialización y a la velocidad de su desarrollo.

Sin escribir como especialistas en China, la descripción precedente es la forma en que interpretamos la historia reciente, sobre todo el pretendido objetivo de basarse en lo que los líderes de las «reformas» denominan un «socialismo con rostro chino» (al que a veces también se hace referencia como una «economía socialista de mercado»). Cada vez disponemos de más información sobre características importantes de esa marcha atrás. Uno de los objetivos principales de la revolución había sido el de crear una sociedad igualitaria. Y, de hecho, ese fue el rumbo seguido durante los primeros 30 años. El «socialismo con rostro chino», en el que Deng Xiaoping proclamaba que «hacerse rico es glorioso», no tardó en avanzar hacia la «vía capitalista» temida por Mao, y lo hizo de tal modo que los aspectos medioambientales y sociales más negativos del capitalismo que discutíamos más arriba (sección 2) han cobrado en la actualidad toda su fuerza.

El nuevo curso seguido por China ha producido, de hecho, un rápido incremento de la producción y de la renta total nacional. Aunque son muchos quienes se asombran ante la elevada tasa de crecimiento económico, deberíamos tener presente que gran parte de ese crecimiento ha sido posible gracias a las infraestructuras desarrolladas durante el periodo revolucionario «pre-reformista». También ha sido posible gracias a un enorme incremento de las exportaciones (de 0,6 billones de dólares en 1990 a 4,3 billones en 2003), financiado principalmente por un capital extranjero que ha obtenido ingentes beneficios a partir de los salarios extremadamente bajos y del carácter disciplinado de los trabajadores chinos. Con una estrategia basada en inversiones intensivas de capital en máquinas que ahorran trabajo, «más del 90% del aumento medio del valor añadido anual de 11,2% registrado por la industria en el periodo 1993-2004 fue debido al aumento de la productividad laboral, más que al aumento del empleo» (Banco Mundial, *China Quarterly Update*, abril de 2005). Con unas elevadas tasas de crecimiento económico concentradas en una industria automatizada que produce básicamente para la exportación y unos obreros que no pueden organizar unos sindicatos sustanciales y militantes, la riqueza creada no se ha filtrado demasiado hacia abajo. El resultado es que un estrato superior muy rico y una cómoda clase media han venido a sustituir a la antigua sociedad igualitaria y, en cuanto al resto, pobreza, inseguridad, desempleo y un descenso de la educación y de la asistencia médica. Los efectos que sobre la gran masa de pobres ha tenido esa marcha atrás están siendo por fin reconocidos en círculos oficiales. El departamento político

del Ministerio de Finanzas chino publicó un informe sobre la cuestión. El 19 de junio de 2003 aparecía en el *People's Daily Online* un artículo con lo más sustancial de dicho informe. El artículo empezaba afirmando que el informe, entre otras cosas, había revelado: (1) que «se están produciendo un incesante ensanchamiento de las diferencias en la distribución de la renta y un agravamiento de la división entre ricos y pobres», y (2) que «la riqueza amasada se está volviendo más concentrada, y la diferencia entre fortunas familiares es cada vez mayor».

Ese rápido desarrollo de la desigualdad ha llegado ahora al punto en que la distribución de la renta en China es casi igual a la de los Estados Unidos (véase la tabla 3). Además, la desigualdad de rentas también afecta a las distintas regiones (tabla 4), en una situación en la que gran parte del crecimiento se concentra en las zonas costeras.

Tabla 3: Distribución de la renta por quintiles en China y en los Estados Unidos (1998)

Quintil de la población	China	Estados Unidos
	Porcentaje sobre la renta total nacional	
Inferior	5,9	3,6
Segundo	10,2	9,0
Tercero	15,1	15,0
Cuarto	22,2	23,2
Superior	46,6	49,2

Los datos relativos a China proceden de la base de datos del Índice de Desarrollo Mundial (WDI) del Banco Mundial, y los datos relativos a los Estados Unidos proceden de *Money Income in the United States, 2001*, U.S. Census Bureau, 2002, 60-218, <http://www.census.gov/prod/www/abs/income.html>.

Una de las lecciones más importantes que se pueden aprender de la inversión del rumbo de China es, a nuestro parecer, que el llamado socialismo de mercado tiene una lógica interna. Un paso lleva al siguiente en el descenso por una pendiente deslizante hacia el capitalismo. Los defensores de dicha inversión señalan que el Estado sigue siendo el propietario de las restantes empresas nacionalizadas. Sin embargo, también eso está cambiando. En febrero de 2005, el Consejo de Estado informaba de que ya está permitido que «empresas privadas se dediquen legalmente a la explotación del petróleo, establezcan bancos de unas ciertas dimensiones, suministren servicios de telecomunicaciones y regenten líneas aéreas. Algunos de los otros sectores que ahora se abren son los servicios públicos, la sanidad y la

Tabla 4: Índice de renta *per cápita* (con respecto a Pekín), 1995

Pekín	1,00
Guangdong	1,04
Liaoning	0,56
Jiangsu	0,79
Shaanxi	0,30
Hubei	0,41
Henan	0,34
Anhui	0,35
Gansu	0,28
Yunnan	0,28

Fuente: A.R. Khan y C. Riskin, *Inequality and Poverty in China in the Age of Globalization*, Oxford University Press, 2001.

educación, y la defensa» (*Wall Street Journal*, 28 de febrero de 2005). Y, tal y como señalaba un titular del *Financial Times* (1 de mayo de 2005), «China da luz verde a la venta de *holdings* estatales». El proceso ya ha dado comienzo, lo que se ha puesto de manifiesto con la venta de participaciones en cuatro empresas de control estatal, empezando por «el grupo Shanghai Zi Jiang Enterprise, fabricante de embalajes; Sany Heavy Industry, productor de maquinaria; Tsinghua Tongfang, empresa de ordenadores, y Hebei Jinniu Energy Resources Company, dedicada a la producción de carbón» (*International Herald Tribune*, 9 de mayo de 2005).

4. «Socialismo de mercado» versus planificación

Se ha sostenido que el fracaso de la planificación central fue la principal razón del declive de la economía soviética y de la Unión Soviética. El colapso soviético se considera incluso «prueba» de que la planificación central no puede funcionar. Por su parte, algunos progresistas y radicales han llegado a favorecer el «socialismo de mercado». Se dedican a diseñar modelos de socialismo de mercado supuestamente capaces de curar todos los males, modelos susceptibles de servir para cualquier tamaño y cualquier situación histórica. Tal enfoque se basa en dos presupuestos: (a) la planificación no funciona, y (b) los mercados pueden funcionar, si se los somete al adecuado control, a la hora de propiciar una sociedad humanizada y socialista. Ambas proposiciones nos parecen ofensivas.

Es importante reconocer tanto lo bueno como lo malo de la planificación soviética. Tal tipo de planificación convirtió un país atrasado y subdesarrollado en una sociedad industrial avanzada. Tal y como hemos señalado antes (tercera parte), desarrolló la capacidad de edificar un formidable poderío militar capaz de enfrentarse al poder militar de un país altamente industrializado. Fue capaz de salvar las industrias amenazadas en los alrededores de Moscú desplazando fábricas enteras a los Urales y formando a una fuerza laboral sin experiencia en un reducido plazo de tiempo. Nada de eso habría sido posible sin planificación. Incluso los Estados Unidos hubieron de adoptar e imponer una cierta forma de planificación central para abastecer a sus militares durante la Segunda Guerra Mundial (véase más adelante).

Las deficiencias de la economía soviética, que se hicieron visibles poco después de la recuperación de la Segunda Guerra Mundial, no fueron consecuencia del fracaso de la planificación central, sino de la forma en que se llevó a cabo la planificación. La planificación central en tiempos de paz no necesita que las autoridades centrales controlen todos los detalles de la producción. El dirigismo y la ausencia de democracia no solo no son necesarios para la planificación central, sino que son contraproducentes en vistas a una buena planificación.

Antes de analizar el socialismo de mercado, debemos reconocer que los mercados tienen su propia historia y se adaptan a diferentes organizaciones sociales. Han existido mercados de uno u otro tipo desde hace, literalmente, miles de años. Mucho antes del desarrollo de las ciudades, con su estratificación de clase, las tribus se reunían periódicamente e intercambiaban bienes por medio del trueque. Con el desarrollo de las clases —granjeros, artesanos, trabajadores gubernamentales (esclavos, escribas, reyes), sacerdotes, etc.— los mercados pasaron a ser parte rutinaria de la vida cotidiana, ya que los productos eran objeto de venta y se cobraban impuestos para que los trabajadores no-productivos pudieran satisfacer necesidades tales como la alimentación, los utensilios para cocinar y la ropa. Los mercados tradicionales, al concentrar bienes de distintas clases en un solo lugar, eran convenientes para las personas que deseaban comprar todos esos bienes.

Aunque los mercados ya eran significativos en algunas civilizaciones anteriores, cobraron una importancia nueva y crucial con el desarrollo del capitalismo y la mercantilización de todos los productos y servicios, así como de la fuerza laboral y de la propia naturaleza. Con el capitalismo, existen, de hecho, cuatro mercados, que en teoría operan de manera armónica para mayor bien.

En primer lugar, tenemos el mercado de bienes de consumo. El precio de tales bienes, según los teóricos del mercado, se basa en las dimensiones

relativas de la oferta y la demanda, que supuestamente alcanzan el equilibrio cuando la oferta es igual a la demanda. Este mercado sirve, además, para informar a los productores de cuáles son los productos que la gente desea: es una guía para la toma de decisiones relativas a la inversión y la producción. Por ejemplo, ¿son mayoría los hombres a los que les gustan las corbatas azules más que las rojas? Si la gente prefiere el cereal deshidratado A antes que el cereal B, entonces debería producirse más cereal A. Si la gente compra más coches, tal vez habría que construir una nueva fábrica de automóviles. Aunque la gente crea que tiene libertad de elección para comprar lo que desee, tal y como hemos señalado antes (véase la sección 2), los intensos esfuerzos publicitarios influyen en muchas de las decisiones que toman las personas e, incluso, crean demanda de productos de escasa o nula utilidad. Y, por supuesto, la cultura capitalista generalizada y la presión del grupo de iguales también tienen su papel a la hora de crear una sociedad cada vez más basada en el consumo.

Un segundo tipo de mercado del capitalismo es el mercado laboral. Los jefes utilizan este mercado para escoger dentro de una reserva de trabajadores que opera bajo su control. Si exceptuamos las épocas de grandes guerras, siempre existe una notable bolsa de desempleo. Las economías capitalistas están mejor servidas si existe un ejército de reserva de personas en busca de trabajo que presionan los salarios a la baja, y, debido a la operación de los diferentes mercados, así como a políticas deliberadas, el ejército de reserva de trabajadores siempre está presente. Los salarios y las condiciones laborales de los trabajadores están sujetos a los resultados de la lucha de clases.

La dimensión y el rumbo del tercer mercado, el mercado de bienes de capital, depende de la tasa de inversión (en el interior y en subsidiarias en el extranjero) y de la búsqueda de formas de incrementar la productividad del trabajo y del capital.

El cuarto mercado es el mercado del dinero (financiero): la sede central del mundo capitalista. Parte del capital financiero se utiliza para mantener en marcha la producción (préstamos de operación y capitales de expansión), y una gran parte de él se utiliza para hacer dinero a partir puramente de dinero. Marx representaba la producción capitalista como D-M-D'. La D representa el dinero que se utiliza para comprar el trabajo, las materias primas y la maquinaria que se utilizan para fabricar mercaderías (M). La venta de las mercaderías produce la inversión inicial más una *plusvalía*, o D'. Pero ese es tan solo uno de los usos del mercado dinerario. Además, y en relación con este, existe el proceso D-D'. El dinero produce más dinero a través del mercado de valores, de la emisión de bonos a firmas comercia-

les y organismos gubernamentales y de las montañas de dinero en efectivo depositadas en cámaras acorazadas y empresas aseguradoras y de activos de los muy ricos invertidos en toda una diversidad de instrumentos especulativos. El dinero también produce más dinero con la creación de créditos para el público: a través de la emisión de tarjetas de crédito, hipotecas, préstamos para la adquisición de vehículos, etc. Aunque todas esas técnicas tienen como objetivo la generación de ganancias, sea por inversión o por especulación, la base última del proceso D-D' es la plusvalía producida por el trabajo en el interior del país y en el extranjero. El mercado financiero (dinerario) engrasa las ruedas del capitalismo y, como todo lo demás en los engranajes de funcionamiento de la vida y crecimiento de los países capitalistas, estimula el sistema y funciona mediante la producción de ganancias. Al mismo tiempo, da lugar a frecuentes crisis, ya que la especulación es algo inherente al D-D'. (La necesidad de mercados financieros explica por qué en la fase inicial del socialismo de mercado se establecieron un mercado de valores y otras instituciones financieras.) La importancia de la creación de una deuda siempre creciente —el resultado de los esfuerzos por realizar el D-D'— para mantener el sistema en funcionamiento se puede apreciar a partir de la magnitud de lo que ha sucedido en los últimos 30 años. En los Estados Unidos actuales, la deuda total —de los consumidores, gubernamental, la deuda financiera de las corporaciones y la no-financiera— es ¡del 300% del producto interior bruto de la nación!

En las economías que se controlan por medio de los mercados, los cuatro tipos de mercados que acabamos de describir operan para reproducir la estructura de clases y satisfacer las necesidades y deseos de los propietarios de los medios de producción, de la burocracia y de otras élites. Los vínculos entre los mercados y el sistema de organización social al que estos sirven suelen estar ausentes de los modelos de socialismo de mercado que se están diseñando. No creemos que sea oportuno analizarlos en este momento, pero un ejemplo nos servirá para ilustrar la cuestión. Existe un modelo que sostiene que, mientras los activos de un país pertenezcan a todo el pueblo, las unidades económicas (fábricas, etc.) estarán controladas y dirigidas por los trabajadores de cada una de las empresas. Los productos se venderán en mercados (con lo que aportarán información para que los directivos reaccionen a las tendencias del mercado), y los impuestos que paga cada una de las empresas irán a parar a un fondo común nacional para distribuirse a las regiones del país en proporción al número de habitantes de cada una de ellas. Suena a democracia, pero ¿lo es realmente? Incluso en los principales centros capitalistas existen diferencias considerables de nivel de vida entre regiones. Eso sucede claramente en los

Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. A la vista de ello, la distribución del excedente sobre la base de una cantidad igual *per cápita* lo más probable es que provocara mayores diferencias entre regiones. Eso es así porque las regiones más ricas ya cuentan con infraestructuras y equipos que permiten un crecimiento sostenido con la inyección de aún más dinero del que ya obtienen de la explotación de las regiones más pobres. En comparación con las regiones ricas, las regiones más pobres necesitan una mayor expansión de sus infraestructuras: equipos industriales, viviendas, hospitales y mejoras de los transportes. Por lo tanto, las regiones más pobres necesitan una proporción *per cápita* mucho mayor de la renta nacional si el objetivo socialista es lograr unas condiciones igualitarias entre regiones y superar la situación por la que las regiones más ricas extraen renta y riqueza de las más pobres. También es razonable esperar que exista competencia regional por los limitados recursos disponibles. Para evitar conflictos y despilfarros, hay que encontrar formas de lograr coordinación; en otras palabras: es necesaria la planificación nacional y regional. Y, si pensamos en las desigualdades globales, ese tipo de modelos nacionales de socialismo de mercado solo servirá para reproducir las desproporciones ya existentes.

Para suprimir las clases y satisfacer las necesidades de todas las personas, en coherencia con la riqueza del entorno, son esenciales la planificación y los controles. Eso no significa negar los defectos ni las posibles deficiencias de una economía planificada, tales como el dirigismo, la dirección equivocada de una burocracia privilegiada que persigue sus propios intereses, la inflexibilidad, la ausencia de democracia en el puesto de trabajo, etc. Una planificación socialista sensata necesita libertad de discusión, participación activa de los trabajadores y espacio para el ensayo-error según va avanzando la sociedad por vías nunca antes seguidas. Abandonar la planificación y la coordinación y, por el contrario, tomar decisiones relativas a la inversión y la distribución basadas en el mercado conduce al abandono de la vía hacia el socialismo. La cuestión es, esencialmente, una cuestión política, no económica. Gran parte del asunto depende de cuál es el tipo de crecimiento económico que hay que realizar y para quién. ¿El objetivo es simplemente producir por el mero hecho de producir, pensando en las cosas más que en las personas? Decidir la asignación de recursos en función de las condiciones del mercado —en lugar de en función de la planificación local, regional y nacional— es la mejor forma de producir y reproducir diferencias de poder perdurables. Lo más seguro es que los deseos de quienes tienen más ejerzan un control desmedido sobre los acontecimientos. Aunque una fábrica se dirija como una cooperativa de trabajadores, la

dirección estará sometida a las mismas fuerzas que las empresas capitalistas si es el mercado el que ejerce el control. Los trabajadores tendrán que inclinarse ante la lógica del mercado, igual que hacen las pocas empresas propiedad de los trabajadores y gestionadas por estos bajo el capitalismo.

Aunque muchos sostienen que la planificación resulta inviable, no hay forma de obtener una justa distribución de unos recursos limitados sin planificación central. En las sociedades capitalistas se lleva a cabo una cierta planificación en diversos niveles, sobre todo dentro de las empresas individuales. Sin embargo, incluso una sociedad capitalista está obligada a desarrollar y utilizar un plan central cuando atraviesa por fuertes dificultades. Sin planificación central, los Estados Unidos no podrían haber transformado su economía —en breve tiempo durante la Segunda Guerra Mundial— no solo para abastecer de armamento, aviones, barcos de guerra y barcos mercantes al ejército estadounidense, sino para proporcionar también los equipos que necesitaban los ejércitos británico y soviético. Para desviar la producción y las materias primas hacia la producción para la guerra, los fabricantes de automóviles se vieron obligados a limitar el abastecimiento de los mercados civiles, y a los constructores se les prohibió edificar viviendas civiles. En ocasiones, fue incluso necesario disminuir la producción militar debido a la falta de recursos para producir los materiales de guerra que hacían falta con más urgencia.

La planificación no fue perfecta y no se logró satisfacer todas las necesidades a las que había que hacer frente. Algunas empresas incluso sabotearon los planes. Pero, al final, a pesar de los fallos y las fricciones, incluso unos planes deshilvanados produjeron logros increíbles. Un elemento de éxito importante fue que los gigantes empresariales tenían tanto los equipos necesarios como la experiencia en la planificación de sus propias redes comerciales. La notable creación de una industrialización avanzada en los Estados Unidos (igual que en otros países capitalistas líderes) estaba necesariamente basada en la planificación central en el nivel de la empresa.

Un inciso de cierta relevancia: durante la Segunda Guerra Mundial, Harry Magdoff participó activamente en la planificación de las empresas fabricantes de maquinaria de los Estados Unidos. Se tardó mucho tiempo en que las empresas se adaptaran a un plan central, por razones egoístas y por su mentalidad comercial privada. En una fase muy inicial, era habitual toparse con escollos en las industrias aeronáuticas, lo que limitaba una producción que se necesitaba de manera urgente. Una empresa podía tener más máquinas-herramienta de un cierto tipo de las que eran necesarias, pero no las suficientes de otro tipo. Por razones parecidas, la pro-

ducción quedaba atascada en muchas empresas. Harry recibió el encargo de encontrar una salida al problema y propuso una posible solución que funcionó correctamente. Implicaba la coordinación de los procedimientos de abastecimiento. En poco tiempo, el plan empezó a funcionar, en gran parte porque tenía en cuenta el elemento humano. Los directores empresariales estaban entrenados para guiarse por el mercado. Los contables y otros empleados de las oficinas tenían unos hábitos de trabajo fuertemente arraigados en áreas en las que era necesario un cambio rápido de las prácticas habituales. Se consultó a los jefes y sus sugerencias se incorporaron al diseño de los detalles del plan. Hacía falta una especial exactitud por parte de los empleados de las oficinas. Para lograr la cooperación que se necesitaba, se sostuvieron reuniones con los trabajadores sin que los jefes estuvieran presentes. Se les describió el plan y se les explicaron las razones de este. Después, se les pidió a los trabajadores su opinión y sus consejos, gran parte de los cuales influyeron en la forma final que adoptó el programa.

El escepticismo sobre la eficacia o, incluso, la posibilidad de la planificación central solo admite las deficiencias de esta, a la vez que niega sus logros. No hay nada en la planificación central que exija ni dirigismo ni que todos los aspectos de la planificación queden confinados en unas autoridades centrales. Cuando eso sucede, se debe a la influencia de intereses burocráticos especiales, así como a un poder estatal que todo lo comprende. Una planificación pensada para las personas debe incluir a las personas. Los planes para las regiones, ciudades y poblaciones exigen la implicación activa de las poblaciones locales, de las empresas y los comercios en consejos de trabajadores y de comunidades. El programa general —sobre todo la decisión de cómo se distribuyen los recursos entre bienes de consumo e inversiones— requiere la participación de las personas. Y, por esa razón, la gente tiene que conocer los hechos, lo que supone una clara forma de instruir su pensamiento y contribuir a las decisiones básicas.

5. La construcción de una sociedad socialista

Necesitamos un nuevo Manifiesto. No un plan, no un programa detallado. Lo que necesitamos es un proyecto, la visión de una sociedad diferente, la prueba de que la historia no ha llegado a ningún final, de que, más allá del capitalismo, existe un futuro. (Daniel Singer, *Monthly Review*, mayo de 1988.)

A. Objetivos básicos del socialismo

Es fácil albergar un conjunto de ideas utópicas o de sueños. Pero no hay forma de predecir cómo será una verdadera sociedad socialista, humanizada, ecológicamente juiciosa, cooperativa, igualitaria y democrática. Los sueños deben adaptarse a los recursos naturales y humanos disponibles, a la cultura y deseos de las personas, y hacerse realidad mediante una prolongada lucha. Si la nueva sociedad ha de ser socialista, no se edificará según las líneas de los modelos diseñados por intelectuales o partidos. El socialismo, por su propia naturaleza, debe ser edificado por las personas de acuerdo con sus deseos. El resultado debería ser algo decidido por las personas, adaptado a los recursos naturales y humanos disponibles y a una cultura en perpetuo proceso de desarrollo. Lo que pretendemos aquí es presentar nuestra opinión sobre qué principios contribuirían a crear un mundo mejor:

1. La eliminación de la explotación y la dominación de unos seres humanos por otros.
2. La primera y principal prioridad debería ser la satisfacción de las necesidades de los más pobres, los más oprimidos y los más discriminados.
3. Debería existir un número mínimo de derechos básicos para todas las personas: tres comidas nutritivas al día; un empleo; un hogar decente; una buena educación; asistencia sanitaria; y protección de los discapacitados y los ancianos.
4. La eliminación de la jerarquía entre personas. Como mínimo, deberían emprenderse acciones afirmativas para superar la discriminación racial, de género y étnica.
5. Control de las empresas, granjas o cooperativas por parte de los trabajadores.
6. Rotación de empleos entre directivos y subordinados y entre departamentos y plantas de trabajo. Se supone que es necesaria una firme división del trabajo para que una sociedad, una fábrica o una oficina sean eficientes. Sin embargo, es importante trabajar para la reducción de la división del trabajo que contribuye a perpetuar las diferencias entre las personas. Aparte de la cuestión de la pesadez de los trabajos en las líneas de montaje o de los empleados sentados al ordenador, la división del trabajo contribuye a la jerarquía. Los directivos pueden aprender lo que significa ser un obrero, y los obreros pueden aprender qué es lo que hacen los directivos y, así, es posible que disminuya el peligro de que aparezca una jerarquía per-

manente. (Cuando Che Guevara dirigía el Banco Central de Cuba, trabajaba en el puesto de un trabajador ordinario durante una semana cada mes.)

7. Las diferencias de remuneración entre la franja superior y la inferior deberían ser pequeñas.
8. Debería facilitarse la realización de referendos y la destitución de cargos/dirigentes.
9. Los Estados Unidos deberían retirar su influencia del resto del mundo. Deberían abandonarse todas las bases militares en el extranjero. Todos los activos de propiedad estadounidense en el extranjero deberían ser entregados a los gobiernos extranjeros o, directamente, a los trabajadores. Además, los bancos estadounidenses, las compañías de seguros, etc., deberían retirarse y toda la deuda contraída con los Estados Unidos debería cancelarse.
10. Debe reconstituirse la unidad entre los humanos y la naturaleza. Eso exige una nueva forma de enfocar todas las actividades, entre ellas, la industria, la agricultura, el transporte y la vivienda. Recurriendo a principios ecológicos, a partir de los atributos de los ecosistemas naturales fuertes, es posible diseñar nuevas formas de desarrollar las actividades humanas en cooperación con la naturaleza que sean más benignas o que, de hecho, mejoren la calidad medioambiental. Es posible vivir en armonía con la naturaleza de la que dependemos y que tantos beneficios tangibles e intangibles nos aporta. La sociedad puede trabajar para fortalecer y proteger los muchos servicios que los sistemas naturales prestan a la vida en la Tierra, incluidos los humanos: agua limpia (el agua del subsuelo, el agua fresca de la superficie y el agua de los mares), aire limpio y suelos productivos y libres de contaminación. Es posible producir los alimentos mediante prácticas que preserven la salud humana y del medio ambiente, y dispensando un trato humano a los animales. Los recursos naturales renovables se pueden cultivar de maneras que protejan los propios recursos y sean respetuosas con el entorno. Es posible mantener y consolidar el hábitat de las especies en peligro de extinción.

B. La cesión del poder a las personas

Uno de los mayores problemas de la transición y la transformación hacia el socialismo es cómo superar la estructura jerárquica de la sociedad en el proceso de transferencia del poder a las personas. No puede darse una sig-

nificativa igualdad con respecto a todos los bienes materiales (vivienda, automóviles, educación, medicina, etc.) simultáneamente. La satisfacción de las necesidades básicas de todas las personas es algo que va a llevar mucho tiempo. Por otro lado, hay que empezar a avanzar hacia la igualdad.

Tal y como señalábamos antes, no es posible que intelectuales y especialistas diseñen un plan para alcanzar una nueva sociedad, este debe proceder de las personas. Sin embargo, sí que es posible sugerir un conjunto de principios destinados a establecer ciertas prioridades. Probablemente, lo más importante es que los más pobres vean satisfechas sus necesidades mínimas: vivienda, alimentación, educación y asistencia médica. No obstante, los detalles relativos a cuáles son las necesidades básicas tendrán que determinarlos las personas. Entre otras cuestiones que tendrán que debatir y discutir grandes números de personas figuran la forma de diseñar las ciudades para hacerlas más habitables, el tipo de transporte público (local, regional, nacional e internacional) que hace falta, etc. A menos que las cuestiones de ese tipo se planteen abiertamente y se discutan, el nivel educativo (o el conocimiento de las materias) que necesitan las personas no se alcanzará jamás, ni adquirirán estas la suficiente práctica en el diseño de soluciones que les permitan asumir el poder para crear una sociedad nueva.

Si la participación —probablemente a través de consejos electos de trabajadores y de miembros de la comunidad— no implica una transferencia efectiva del poder de toma de decisiones en todas las áreas relevantes, entonces esta no tiene verdadero sentido. Es justamente la toma de decisiones lo que el capitalismo les ha negado a las personas. Las «democracias» permiten la participación —una vez cada cuatro o cinco años— mediante la introducción de un trozo de papel en una urna, o el accionamiento de una palanca, o la presión de un botón, para después ignorar completamente a las personas, junto a sus intereses, hasta las próximas elecciones. Por lo tanto, abandonar la idea de hacerse con el poder del Estado, junto con sus cimientos socioeconómicos y sus vínculos culturales, es abandonar toda idea de una alternativa significativa. Así pues, el lema «piensa globalmente, actúa localmente» y la separación artificial y oposición de la «sociedad civil» y el «Estado» —así como el hecho de actuar a través de las ONG para realizar diversos y valiosos proyectos— pueden llevar a engaño a las personas y hacerles pensar que la sociedad se está viendo notablemente transformada en el proceso. Aunque puedan efectuar modestas mejoras aquí y allí, todos esos esfuerzos, si se los disocia de una lucha más general por hacerse con el poder del Estado, están predestina-

dos a efectuar tan solo pequeños cambios que, con sus efectos acumulados, nunca llegarán a estar ni siquiera próximos a transformar la sociedad.

La transferencia de poder hace referencia a todos los ámbitos y todos los niveles de la sociedad. Por consiguiente, la clave de dicha transferencia —en oposición a la «participación» generosamente concedida (que para muchos supone, en realidad, una efectiva exclusión)— es que esta debe comenzar durante la lucha, antes de que se haya llevado a efecto una transformación revolucionaria. La transferencia de poder puede fraguarse en la radical recreación de un movimiento socialista de masas, centrado en su propia tarea de establecer una alternativa hegemónica al orden social capitalista. Después de una transformación revolucionaria, puede producirse una progresiva auto-cesión de poder mediante la intervención popular agresiva en las esferas socioeconómica y política, a través del desafío y el reto directo e indirecto a las fuerzas e instituciones de la nueva sociedad. Los consejos de trabajadores pueden trabajar con la dirección, escoger a los sustitutos de los directores cuando sea necesario y participar en una interacción dinámica con la dirección en torno al proceso de trabajo, a las condiciones de trabajo y, también, a los planes futuros. Los consejos comunitarios democráticamente elegidos deben tener también un poder similar para determinar el tejido y el rumbo de sus comunidades. Todo ello debería ponernos en la senda de la transferencia del poder del Estado a las personas y disminuir enormemente el papel del Estado.

Cómo es posible que todo eso suceda es algo que hay que discutir y debatir. No obstante, si pensamos en los Estados Unidos, ¿qué es lo que implicaría la cesión del poder a negros, latinos y todas las personas empobrecidas? ¿Cómo podría conseguirse tal cosa? Por ejemplo, supongamos que, durante la transformación hacia el socialismo, hay que cambiar un gueto urbano para convertirlo en un barrio humano y cómodo: viviendas agradables, aire limpio, buenas instalaciones recreativas, etc. ¿Cómo se hace eso en realidad? ¿Hay que expropiar el terreno? ¿Cómo se pueden disponer alojamientos decentes para los ocupantes mientras se derriban las viviendas insalubres y se levantan nuevos edificios? ¿Cómo se consigue que las personas se impliquen en el programa a través de la participación en el diseño de los espacios interiores y exteriores que prefieran y de la determinación del modo de diseñar y gestionar todo el proyecto?

El mayor reto está en ceder el poder a los más desaventajados y discriminados. Las diferencias raciales, de género y étnicas están muy arraigadas en los prejuicios de quienes son o se sienten privilegiados. Si no se presta continua atención a los cambios sistémicos, la dominación y la subyugación persistirán. Por ejemplo, aunque las condiciones de los negros de los

Estados Unidos mejoraron tras los cambios legales propiciados por las luchas por los derechos civiles de la década de 1960, estos siguen estando discriminados y continúan teniendo peores perspectivas económicas que los blancos. Tal vez sea necesaria una clase excepcional de acción afirmativa para alcanzar la igualdad de las minorías discriminadas. Tal vez el objetivo podría ser que contaran con una representación aún mayor en número de la que les correspondería dada su proporción de la población (en las escuelas, en las universidades, como empleados y gestores en todos los niveles de gobierno). No es posible entrar en detalles porque son los propios discriminados quienes deberían desarrollar, pavimentar y poner en marcha la vía hacia tal fin. Deberían tener derecho a seguir el rumbo que deseen tomar.

C. Objetivos del socialismo y planificación

Los objetivos básicos del socialismo que hemos descrito más arriba piden a gritos la planificación, ya que el carácter limitado de los recursos se interpone en la satisfacción de todas las metas al mismo tiempo. Por eso es necesario establecer prioridades, lo que supone una cuestión política en la que están implicadas las personas y en la que cuentan mucho sus opiniones. ¿Qué habría que producir y para quién? Además, según las prioridades acordadas, hay que coordinar el abastecimiento de materias primas, de componentes, de maquinaria y de fuerza de trabajo. Igualmente, hay que coordinar la puesta en marcha de nuevas industrias y la expansión de otras ya existentes con la producción en las plantas más antiguas.

Planificación central no significa que cada tuerca y cada tornillo tenga que estar supervisado por una autoridad central. La planificación central tampoco requiere inevitablemente la abolición de la planificación regional. Sí que implica, no obstante, la coordinación de los planes regionales y/o locales para hacerlos encajar en un plan más amplio. Independientemente de cuáles sean las intenciones iniciales, la mayoría de los principios que sugeríamos antes serán objeto de desviación o de utilización abusiva si no existe una participación activa de las personas, sobre todo por lo que respecta a la estrategia básica y a los cambios en los métodos de planificación.

El peligro de que se presenten aspectos perniciosos es mayor cuando la planificación la gestiona una élite burocrática atrincherada. Si hay que consultar e implicar a las personas, estas deben tener acceso a todos los hechos y análisis de planes alternativos. Por eso, además de para alcanzar un mayor desarrollo cultural y humano, es importante prestar gran atención a

la educación de los adultos. Si las personas tienen que ser los amos, si tienen que participar significativamente, deben tener los medios para saber más sobre la evaluación de los planes propuestos, tanto los que se proponen a largo plazo como a más corto plazo. Los educadores implicados en la formación de adultos deberían tener fe en la capacidad de los trabajadores para aprender. Harry Magdoff presenció un alentador ejemplo de ello en su visita a China en 1974. Harry solía preguntar en las fábricas acerca de las escuelas de que disponían, y la pregunta resultó no ser ociosa. Una de las fábricas que visitó era especialmente impresionante. Producía una compleja máquina-herramienta capaz de realizar intrincadas curvas en metal de manera extremadamente precisa. En respuesta a sus preguntas, Harry fue conducido hasta una gran aula en la que todos los asientos estaban ocupados por trabajadores de la fábrica, con el mono de trabajo y las mangas remangadas, escribiendo furiosamente en sus libretas. El profesor estaba demostrando en la pizarra el cálculo y la utilización de derivadas parciales.

Al discutir la planificación socialista en sentido amplio, debemos ser conscientes de que la supresión del desempleo supondrá un proyecto titánico. Una enorme cantidad de personas, probablemente más de la mitad de la fuerza laboral en el caso de los Estados Unidos, carecerá inicialmente de trabajo. Casi todos los vendedores, a excepción de los de las tiendas, se quedarán sin empleo. En ausencia de competencia entre productores, no hacen falta los vendedores especializados en visitar a los clientes. En la medida en que es tarea de los vendedores informar a los compradores del producto o servicio que se vende, su trabajo se puede suplir perfectamente con una octavilla o un folleto. Además, sobrarán los empleados de los mercados de valores, de las agencias de publicidad, de las compañías aseguradoras, el personal de las empresas manufactureras dedicado a la promoción de ventas, etc., todos ellos abolidos.

¿Qué sucederá con todas esas personas antes ocupadas en tareas no-productivas? Se creará una gran cantidad de empleos para satisfacer las necesidades sociales de educación, asistencia sanitaria, cuidado infantil diurno, expansión de la cultura (teatros, música, escritura y deportes), etc. Además, se pueden reducir las horas de trabajo y alargar las vacaciones. No obstante, todo eso exigirá que se efectúe una planificación local, además de central. Más compleja todavía es la cuestión de los países de la periferia, donde existen tantas personas desempleadas o marginalmente empleadas. ¿Cómo pueden obtener rápidamente un empleo productivo después de una transformación revolucionaria? Está claro que hará falta cubrir muchas necesidades básicas: alimentación, vivienda, educación, cuidado infantil y

sanidad. Todo ello requerirá una gran cantidad de personas que trabajen para ayudar a realizar la construcción y la producción necesarias. Además, las personas sin tierras tendrán que tener acceso a la tierra y los pequeños granjeros deberán tener acceso a los insumos necesarios para cultivar las cosechas y criar los animales. Una vez más, la satisfacción de todas esas necesidades y la dedicación de las personas a trabajar para edificar una economía al servicio de las personas requieren planificación.

D. Necesidades, deseos y límites

En cualquier transición al socialismo será necesario equilibrar deseos y recursos. Incluso en los países ricos, existen límites a lo que es posible: no es posible satisfacer los deseos de todo el mundo, muchos de ellos creados por los agresivos y omnipresentes esfuerzos publicitarios del capitalismo. Así pues, las personas tendrán que cambiar para entender lo que implica equilibrar deseos y recursos. Transformar a grandes cantidades de personas no es tarea fácil, y el entorno del cambio debe encajar bien con el rumbo que sigue la cultura. Sin embargo, no es imposible que las personas cambien para pasar de la competencia a la cooperación, de desear cosas a desear una forma de vida distinta.

El objetivo clave de una sociedad socialista es mejorar la calidad de vida de toda la humanidad para que las personas puedan vivir de manera cómoda, sin pasar hambre, sufrir enfermedades ni experimentar privaciones. Para que eso se cumpla en la escala mundial, es posible que muchas personas privilegiadas tengan que abandonar sus aspiraciones a una vida de lujo y huir de los deseos inspirados por la clase ociosa y por los deseos de medirse con los vecinos. La máxima «vive sencillamente para que otros puedan sencillamente vivir» tiene mucho más significado en una futura sociedad socialista que actualmente en los países capitalistas ricos. Una sociedad que proporciona a todo el mundo unos niveles adecuados de cobertura de las necesidades humanas básicas (de alimentación, vestido, vivienda, educación, atención sanitaria, autoexpresión, recreo) implicará el establecimiento de objetivos de producción así como decisiones sobre la utilización de los recursos de formas totalmente distintas de las vigentes bajo el capitalismo. Para «vivir una buena vida», como dicen Scott y Helen Nearing, no hacen falta un montón de bienes, artilugios y servicios superfluos. Sin embargo, sí que hace falta alcanzar un nivel básico razonable de seguridad y comodidad material. La vida de las personas puede enriquecerse más porque habrá más tiempo para asistir a actividades culturales públi-

cas, o para dedicarse a las propias aficiones e intereses culturales, así como habrá mayores oportunidades para, verdaderamente, aprender a lo largo de toda la vida. Además, el sentimiento de comunidad, desaparecido en muchas partes del mundo debido al crecimiento de las ciudades y de zonas dormitorio, que exigen desplazamientos diarios a larga distancia, podría recuperarse mediante la interacción de las personas en el proceso democrático de establecer, llevar a la práctica y reevaluar continuamente las prioridades de su vecindario, de su región o de su país.

Antes y durante cualquier transición al socialismo, hay que discutir ampliamente cuáles son los temas, las preocupaciones y los principios. Aunque es probable que el socialismo surja dentro de estados-nación, todo avance en la dirección del socialismo debe contemplarse desde una perspectiva global. Por ejemplo, es cierto que los Estados Unidos y los demás países del núcleo capitalista (que comprenden un 30% de la población mundial) poseen los medios para asegurar una calidad de vida decente a todas las personas comprendidas dentro de sus fronteras, y una sociedad socialista podría hacer tal cosa realidad. Pero ¿qué ocurre con el resto del mundo? Parte de la riqueza del núcleo deriva de su relación imperialista con la periferia, y las economías del mundo están interrelacionadas a través del comercio y de las inversiones en el extranjero. Por lo tanto, si uno de los países del núcleo capitalista se socializa, ¿en qué forma debería cambiar dicha relación? Y, caso más probable, ¿qué sucede si toda una región de la periferia (Latinoamérica, por ejemplo) deviene socialista? El comercio internacional seguirá siendo de gran importancia. Algunos lugares poseen ciertos recursos, y otros, no. Algunos países cuentan con una industria de un cierto tipo, otros es posible que no. Existen razones para que se dé el comercio internacional, igual que las hay para el comercio y la interacción entre zonas rurales y urbanas dentro de un mismo país. Pero ¿por qué principios y reglas debería regirse ese comercio? ¿Puede el comercio internacional incorporar el principio básico de la reciprocidad, como sucedía en sociedades anteriores? ¿Y qué sucedería con las relaciones con otros países y pueblos si existieran unos Estados Unidos socialistas? ¿Seguiría habiendo guardias fronterizos con perros y armas para evitar la entrada de personas de México y América Central, o estas serían bienvenidas?

Si examináramos los requisitos input-output (de importaciones-exportaciones) de los Estados Unidos, allí donde existen datos, sería posible calcular qué materias primas hacen falta para reparar el sistema. Es posible comparar los recursos necesarios para satisfacer hasta un determinado nivel las necesidades de todas las personas del país con la cantidad de recursos inmediatamente disponibles. Se necesita una enorme cantidad de re-

cursos si se quiere elevar hasta un nivel decente la calidad de vida del 20% de la población con peor calidad de vida: las personas que pasan hambre o temen pasarla, que carecen de un techo adecuado, con oportunidades educativas limitadas y con hijos con mala salud (como la epidemia de asma existente en los guetos de los centros de las ciudades). ¿Existirá suficiente acero, aluminio y otros productos? Una de las posibles respuestas podría ser que —como se hizo durante la Segunda Guerra Mundial— hiciera falta reducir la producción de automóviles privados. Muy probablemente, para ofrecer a los pobres una vida razonable y agradable, aun con la enorme riqueza de los Estados Unidos, habría que utilizar recursos que actualmente están en manos de las personas relativamente acomodadas y de las verdaderamente ricas.

E. El futuro del socialismo

Los problemas críticos del mundo de orden social, económico y medioambiental son inherentes al capitalismo. Por lo tanto, el capitalismo debe sustituirse por una economía y una sociedad al servicio de la humanidad, que también necesita la creación de un entorno que proteja los sistemas de la Tierra en los que se apoya la vida. Lo que acabamos de describir son los principios y las cuestiones básicas que sugerimos que habrá que considerar durante la edificación de una sociedad socialista. Las experiencias de la Unión Soviética y de China indican que no será fácil conseguir una población movilizada y formada, deseosa y capaz de tomar el poder, que comprenda cuáles son los problemas y las limitaciones básicos y que sea capaz de detener el desarrollo de una clase o estrato burocrático. Sin embargo, estamos obligados a aprender a lograrlo si es que tiene que existir cualquier esperanza de mejorar significativamente las condiciones de la enorme cantidad de personas que viven en el mundo desesperanzadas y en las más severas condiciones y, simultáneamente, preservar la Tierra como planeta habitable. Es algo necesario, no solo para los humanos, sino para todas las demás especies que comparten el planeta con nosotros y cuya suerte está íntimamente ligada a la nuestra.

Notas

1. William Brandon, *The Last Americans: The Indians in American Culture*, McGraw-Hill, Nueva York, 1974, pp. 4, 6, 292.

2. Joan Robinson, Introducción a Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital*, Monthly Review Press, Nueva York, 1951, p. 28.
3. Gary Gardner y Brian Halwell, publicación de Worldwatch n° 150, *Underfed and Overfed*, Worldwatch Institute, 2000, <http://www.worldwatch.org/pubs/paper/150.html>.
4. Mark Nord, Margaret Andrews y Steven Carlson, *Household Food Insecurity in the United States, 2002*, Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, <http://ers.usda.gov/publications/fanrr35/>.
5. Véase Samir Amin, «Pobreza mundial, pauperización y acumulación de capital» en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, n° 2, 2004, y Fred Magdoff, «A Precarious Existence», *Monthly Review*, febrero de 2004.
6. Véase «Perestroika and the Future of Socialism? Parts 1 and 2» (marzo y abril de 1990); «Are There Lessons to be Learned?» (febrero de 1991); «A Note on “Market Socialism”» (mayo de 1995), y Paul Sweezy, *Post-Revolutionary Society*, Monthly Review Press, Nueva York, 1980.
7. Sobre la opinión de Lenin en relación a la burocracia y al nacionalismo, véase Moshe Lewin, *Lenin's Last Struggle*, Monthly Review Press, Nueva York, 1983.